

Capítulo. LII.

Nuevas desdichas.

I.

Colon que no olvidaba los inmensos favores que debía á la reina Isabel, y habia tenido ocasion mas que ninguno de apreciar lo que aquella mujer sublime valia, en honor suyo dió el nombre de Isabel á la colonia.

Con auxilio de su estado mayor formó un plano de las calles y plazas que deberia tener la ciudad, y una vez tiradas las líneas y reunidos los elementos necesarios para la fábrica, comenzaron á levantarse los edificios entre los cuales se contaban un templo, un almacén y el palacio del almirante.

II.

Estos tres edificios fueron hechos de piedra.

Las casas se fabricaron con madera, mezcla, cañas y otros materiales parecidos.

Era necesario cuanto antes librar de la intemperie á los españoles, y todos trabajaban con el mayor ardor para ver cuanto antes concluida la colonia.

Preocupados todos con aquellas tareas, gozosos al contemplar los paisajes que les rodeaban y con esperanzas de conseguir el oro, que bien puede decirse que era su sueño dorado, dieron tregua á los instintos belicosos entregándose á las mas risueñas ilusiones.

¡Pero, ay! que el mal se cubre con la apariencia del bien!

III.

Aquella animacion, aquella laboriosidad, aquel afan que todos tenian por concluir cuanto ántes la ciudad, por establecerse en ella á la europea, se paralizó pronto.

La mayor parte de los navegantes y en particular aquellos que estaban poco acostumbrados al mar, habian sufrido mucho en los viajes durante tantos dias de nevegacion y al mismo tiempo los alimentos que habian tomado, las privaciones continuas que habian sufrido, contribuyeron en gran parte á alterar su salud.

IV.

Antes de que pudieran poner los techos á las casas tuvieron que pasar muchas noches al raso y las ema-

naciones de un clima húmedo, los miasmas que desprendian las aguas estancadas, y el aire detenido en aquellas espesas selvas, fueron otras tantas causas de enfermedades que debilitaron á muchos y obligaron á no pocos á recibir los auxilios de la medicina.

V.

Abatido el cuerpo, natural era que el ánimo sufriese la misma suerte.

Los que en los primeros momentos por la novedad y belleza del espectáculo que se ofrecia á sus ojos concibieron risueñas esperanzas; al verse valetudinarios, enfermos, al notar que les faltaban fuerzas para terminar su obra, al pensar en la muerte tan léjos de su patria donde habian dejado las personas mas queridas de su corazon, contribuyeron á desvanecer sus ilusiones y aunque les parecia dorada su prision al fin y al cabo eran prisioneros.

VI.

Aunque los indios les llevaban de cuando en cuando oro, era en tan pequeñas cantidades que no valia la pena el viaje que habian hecho si no lo recogian en mayor abundancia.

Todas estas causas aumentaron y agravaron las enfermedades y la Isabela no tardó en ser mas que una colonia un lazareto.

VII.

El mismo Colon, aquel hombre enérgico, vigoroso y de esforzado ánimo estaba en el mayor abatimiento.

Una nacion entera le habia admirado, le habia colmado de ovaciones, los reyes le habian distinguido con los honores mas envidiables, el resultado de su primera expedicion habia hecho concebir esperanzas que el almirante veia entonces cuán difíciles eran de realizar.

VIII.

Por otra parte, si aquellos horabres que le acompañaban sucumbian víctimas de las enfermedades, que el cambio de clima y la calidad de los alimentos les producía, él era responsable á los ojos de Dios y del mundo de su muerte.

La idea de tener que volver con un desengaño, de ser objeto del desprecio de todos le atormentaba; la idea de permanecer en aquella isla sin recursos, lleno de enfermedades, expuesto á perecer con todos sus compañeros era un continuo martirio para él.

XI.

En aquella alternativa ¿qué resolucion podia tomar?

Tambien cayó enfermo, pero la energía de su es-

píritu le hizo dominar su enfermedad y á pesar de su estado no dejó un solo día de dirigir la edificación de la ciudad y de ocuparse en los negocios generales de la empresa que habia acometido.

X.

Descargados los buques era de todo punto necesario enviarlos á España.

Pero cómo los enviaba?

Los reyes aguardaban por momentos la llegada de la flota cargada de oro, de piedras preciosas y ricas especias.

La imaginacion pintaba á todos los españoles el regreso de las carabelas como la realizacion del cuerno de la abundancia.

XI.

Pero ¡ay! ¿qué pensarían de Colon al ver llegar sus naos sin cargamento alguno, con unos cuantos enfermos, con la noticia de que en vez de un tesoro habian hallado los españoles en el Nuevo-Mundo una tumba?

Los parabienes, los aplausos de que habia sido objeto se tornarian en maldiciones.

Las esposas, los padres y los hijos de los navegantes le execrarian por haberlos arrastrado á aquella empresa de luto y desolacion.

XII.

Su nombre, que habia llegado á grabarse en el libro de la historia como un nombre inmortal, seria vilipendiado y la maldicion alcanzaria á sus hijos que serian despues de arrojados de palacio, escarnecidos por los nobles, perseguidos á muerte por las masas y bajo el peso de aquella cruel execracion llegarian hasta á avergonzarse de que los hubiera dado el sér.

Oh! esto era horrible.

XIII.

—Dios mio,—se decia Colon;—¿por qué me das este cáliz de amargura? ¿Qué he hecho yo para que mis esperanzas legítimas se tornen en crueles engaños.

Todos sus deseos, todas sus combinaciones habian fracasado.

Habia pedido gran número de buques porque estaba seguro de que los españoles que habia dejado en su fortaleza de la Navidad habrian explorado el terreno, tendrian conocimiento de él y habrian atesorado en el fuerte crecidas cantidades de oro y de otros productos del país que los buques al regresar á España podian llevar como un testimonio de las nuevas conquistas que acababa de hacer para los reyes de Castilla.

XIV.

Perdida esta esperanza le consoló la idea de que aun poseia la amistad de Guacanajari, y no dudó de que, con su auxilio podria penetrar fácilmente en el territorio de Caonabo, apoderarse de las minas y en cambio de los objetos que para regalar á los indios llevaba, cargar sus buques con el oro que los soldados y los marineros extrajeran de las minas.

XV.

Pero Caonabo á su vez, á juzgar por las apariencias, se apodera del ánimo de Guacanajari, le obliga á alejarse de su territorio, le separa de Colon, se coaliga contra él, y solo la guerra, la dura é inexorable guerra puede facilitarle los medios de que las embarcaciones vuelvan cargadas á las orillas españolas.

El mejor medio de realizar este propósito era establecer una colonia, buscar un punto de refugio para que los guerreros tuviesen mayores probabilidades de vencer.

XVI.

El aliento renace en sus compañeros.

Todos trabajan con afan para establecer la colonia; se desembarcan los viveres, los animales, todo cuanto hay á bordo.

Y las enfermedades debilitan á aquellos vigorosos atletas, y la muerte proyecta su fatidica sombra sobre aquella naciente poblacion.

XVII.

¿Qué hacer en tan doloroso trance?

Los buques no podian permanecer allí, tenian que volver.

Solo estaba en su camarote entregado á estos tristes pensamientos, y permanecia ya en tan dolorosa meditacion más de dos horas sin que observase que cerca de él, contemplándole con interés y lástima estaba uno de sus pages.

Mucho sufria; no solo por sus penas, sino por las del almirante, á quien profesaba la mayor veneracion.

XVIII.

—Señor, dijo de pronto acercándose á él, veo que sufris mucho, y quisiera á toda costa calmar vuestro quebranto.

—Cumples como fiel servidor, dijo Colon, pero no puedes hacer nada por mi.

—¿Quién sabe? Yo os debo inmensa gratitud, tengo fé y la fé horada las montañas.

Dad por lo tanto tregua á vuestra pena; oid una revelacion que solo á vos, porque deseo vuestro bien, quiero hacer.

Colon no habia fijado hasta entonces su penetrante mirada en el escudero, y le miró.

XIX.

—¿No me reconocéis, señor?

—¿Qué me quereis decir?

—¿Os acordais de una noche en que llamó á las puertas del convento de la Rábida un jóven, y al estar en vuestra presencia os refirió una historia dolorosa y os pidió vuestro amparo?

—¿Cómo sabes tú eso?

—Aquel jóven era una mujer; una mujer que habia sufrido mucho y queria acompañaros en aquella expedicion porque sabia que con vos iba el hombre á quien debia todas sus desgracias.

—Sí, Isabel Monteagudo, no lo he olvidado.

—Vos fuisteis bueno, os apiadásteis de su desdicha, intercedisteis con el hombre infame que la habia engañado, y al dia siguiente, en el convento de la Rábida, un venerable anciano santificó su union.

Alonso Velez os acompañó en la primera expedicion; ofreció á la que era su esposa volver á su lado, no separarse de ella, pagarla con creces los disgustos que le habia ocasionado, y sin embargo no volvió.

Destinado por vos para acompañaros al regresar á España, desapareció en los últimos momentos. Nadie tuvo noticia de él.

La esposa le aguardó en vano. Un secreto presentimiento le decia que Alonso Velez no la amaba, que la habia engañado una vez mas, que habia mentado al jurarla ante el ara fidelidad y amor.

La esposa herida volvió de nuevo á tomar el disfraz que le habia servido para presentarse á vos en el convento de la Rábida y aquí la teneis á vuestros piés, añadió Isabel cayendo de hinojos ante el almirante.

XX

—¡Vos, Isabel, aquí! ¡Oh! y lo ignoraba todo el mundo.

—Todo el mundo lo ignora, todo el mundo lo ignorará, pero yo no puedo ocultaros á vos los sentimientos que me han traído aquí. Una mujer engañada es una hiena, una hiena que no perdona á su verdugo. No es el amor, es el odio, un odio feroz el que aquí me ha traído.

—Pero, desventurada, no ignoráis que Alonso Velez es uno de los desgraciados que han perecido á manos de los indios.

—¡Oh! mi corazón me dice que no. Cuando nos mandasteis á visitar la fortaleza, yo encontré entre las manos crispadas del cadáver de uno de los españoles, un papel que he conservado con el mayor secreto, y que es la mitad del que uno de los marineros os entregó.

—La mitad?

—Sí; y ese papel revela una infame traición de Alonso Velez.

—¿Y vos le acusáis?

—Yo, sí; porque ya no tengo en mi alma más que odio para él. Yo le conozco á fondo; la desgracia me

ha enseñado á comprender los infames instintos de su corazón.

XXI.

—No lo dudeis, añadió el falso page, por huir de mí, por no volver á España á cumplir la promesa que habia hecho á Dios ante el altar, huyó de vos en los momentos de la partida; vendió á sus compañeros y acaso, acaso él es el que ha concitado los ódios de todos contra nosotros.

—No puede ser, la pasion os ciega.

—Perdonadme, señor, que quiera penetrar en vuestro pensamiento. Sufrís porque las enfermedades nos diezman, porque teneis que volver á España los navíos, y nada podeis enviar en ellos.

¿Por qué no haceis que alguno de vuestros capitanes con los más audaces marineros, con los más valientes soldados, lleguen hasta el territorio de los indios, hasta sus mismas madrigueras, al menos para conocer cuales son sus intenciones, saber si mis sentimientos son ciertos, si Alonso Velez es nuestro mayor enemigo?

Yo iré con el que designeis, yo le serviré de escudero, yo pelearé á su lado, yo buscaré á Alonso Velez hasta en las entrañas de la tierra, y estad seguro de que le encontraré.

—No, no, vos no os apartareis de mi lado más que para volver á España en los navíos que pronto han de partir.

XXII.

Isabel insistió, pero las órdenes de Colon fueron terminantes.

Sin embargo, la idea de enviar un descamto antes que las embarcaciones se diesen á la vela, idea que ya habia cruzado por su imaginacion, se convirtió en realidad después de la conversacion que habia tenido con Isabel.

Los indios que tenia á su lado le habian dicho que muy cerca de allí estaban las montañas del Cibao.

XXIII.

El mismo nombre del cacique Caonabo, que significaba *señor de la casa dorada*, parecia indicar la riqueza de sus dominios.

Tres ó cuatro dias de viaje bastaban para descubrir las minas.

XXVI.

Colon resolvió enviar una expedicion á explorar aquel departamento antes de que saliesen los buques para poder al menos enviar la noticia del descubrimiento y posicion de las auríferas montañas del Cibao.

Colon llamó á su lado á Alonso de Ojeda.

LXX

Capítulo LIII.**Espedicion de Ojeda.**

LXX

—Os he llamado,—le dijo,—para comunicaros un proyecto y para confiaros una misión que sólo vos podeis desempeñar.

—Pláceme en extremo,—contestó Ojeda,—que os acordeis de mí. Esta vida me cansa; yo he nacido para vivir en el combate siempre; los azares de la guerra me deleitan; la paz me hastía; el peligro me embriaga.

—No ignorareis,—añadió Colón,—que muy cerca de aquí se hallan los dominios del cacique más formidable de Haití, Caonabo, rey de las minas de oro, nuestro más temible enemigo, nuestro más encarnizado adversario.

—¿Y quereis castigarle?

—No; quisiera su amistad, porque, creedme

Ojeda, la maña es preferible á la fuerza, cuando se trata de arrebatár la independencia á un pueblo. Creo, pues, que con unos cuantos soldados, los que vos elijais, os interneis en los bosques en la direccion que os indicará el indio Diego, para que exploreis el terreno, hagais amistad con el cacique, ó por lo ménos podais volver con noticias de la extension de su territorio, de las poblaciones que cuenta, del número y calidad de sus habitantes, recogiendo además todo el oro que podais, para llevarlo á España.

II.

Dispuesto á obedecer instantáneamente aquella orden, eligió los soldados más aguerridos, cargó algunos caballos con provisiones, llevó en su compañía algunos oficiales jóvenes y bizarros, que querian compartir con él los azares de la expedicion, y en uno de los primeros dias del mes de Enero se puso en marcha.

Envidioso de aquella distincion que habia merecido Ojeda, Gorbalan, uno de los capitanes más jóvenes y más valerosos de la escuadra, se presentó á Colon para pedirle el permiso para partir con otros hombres por distinto lado, y tener ocasion de distinguirse prestando un verdadero servicio al país.

III.

Aceptó Colon su ofrecimiento, y Gorbalan partió

en la misma direccion, aunque por opuesto lado.

El almirante y los que quedaron aguardaban con ansia el regreso de aquellos valerosos capitanes, para saber á qué atenerse.

Isabel sufría porque no había podido acompañar á Ojeda.

Colón se lo había prohibido resueltamente, y por otra parte, la retenía en la colonia un deber de afecto.

IV.

Américo Vespucio, personaje oscurecido entonces, no cesaba un sólo instante de pensar en Esperanza, en el hijo de su amor.

El dolor moral había alterado su salud, y era uno de los que más sufrían.

Su mal se agravó, y la tierra que más tarde debía llevar su nombre, estuvo á punto de abrirse para sepultarle.

Durante su enfermedad le asistieron con fraternal cuidado Isabel y el doctor Chanca, que había leído en su corazon las desdichas que sufría, y había simpatizado con él.

V.

Los expedicionarios regresaron al cabo de pocos días.

Ojeda había tomado la direccion del Sur.

Los dos primeros dias fueron penosos para él y los que le acompañaban.

Tenian que abrirse camino por enmarañadas selvas, y al ver la soledad en torno suyo, no podian ménos de entristecerse.

VI.

Al caer de la tarde del segundo dia, llegaron á una elevada sierra, á la que abria paso una vereda que serpenteaba entre intrincados desfiladeros é insondables abismos.

La vereda se iba ensanchando poco á poco hasta llegar á la falda de la montaña.

En ella descansaron los españoles, y los primeros rayos del sol los despertó del sueño reparador á que se habian entregado, sin más proteccion que la de la Providencia.

VII.

¡Pero qué hermoso panorama se extendia á su vista!

Era una vasta y deliciosa llanura cubierta de aldeas, formadas por grupos de pintorescas chozas, adornada con bosques de una vegetacion sorprendente.

Las plateadas aguas del rio Yaqui corrian en distintas direcciones, aumentando la belleza de aquel inmenso, dilatado y verde valle.

VIII.

—Allí nos espera la vida ó la muerte,—dijo Ojeda á los suyos.—A juzgar por el número de casas que desde aquí descubrimos, los indios que hay en ellas, si nos son hostiles, pueden destruirnos instantáneamente.

Juguemos un albur; bajemos á la llanura, penetremos en las aldeas y encomendémonos á la Virgen, para que nos libre de todo riesgo.

IX.

Aquellos hombres se postraron de hinojos, y en tanto que el sol saliendo por Oriente con sus vividos rayos inundaba de luz el paisaje, Ojeda y los suyos murmuraban la salve desde aquella altura que les acercaba más y más á Dios.

Con ánimo resuelto descendieron rápidamente al valle, y vieron con gran asombro que los indios en vez de atacarlos les ofrecieron hospitalidad, y al saber quienes eran por el intérprete Diego, se apresuraron á ofrecerles fragmentos de oro y á agasajarles con todo cuanto tenían.

X.

Todavía no era aquel el territorio de Caonabo. Pero las sierras que limitaban el valle eran las

invencibles murallas que la naturaleza habia dado al cacique para defender sus tesoros que estaban en las entrañas de aquella sierra.

Después de vadear varios rios llegaron á las sierras del lado opuesto; por veredas y atajos penetraron en sus fragosidades y vieron con asombro que ni Caonabo ni los suyos les ponian obstáculos.

XI.

Caonabo no estaba á la sazón allí.

A pesar del cansancio que sentian, en las montañas, en la tierra, en los rios, veian partículas doradas lo que les hacia creer que todo en aquella parte de la isla era oro:

Los indios que se les acercaban y les acompañaban guiándolos por los atajos, delante de ellos, con la mayor facilidad separaban el oro de la arena y se lo ofrecian.

XII.

En varias partes hallaron grandes pedazos de oro virgen y piedras jaspeadas con venas del mismo metal.

Algunos de estos fragmentos eran tan grandes que pesaban ocho y nueve onzas.

Ojeda encontró uno en un arroyo, que fué más tarde la admiración de los Reyes Católicos y de cuantos le examinaron.

XIII.

No había duda de que si á flor de tierra se encontraban aquellas riquezas, en las entrañas de aquella sierra debía haber grandes cantidades de oro.

Era preciso conquistar el país, y llevar allí trabajadores para que arrebatasen el tesoro del seno de la tierra.

Crónicas no estaba en la sazón alta.

A pesar del cansancio que sentían, en las montañas, en la tierra, en los ríos, veían particularidades que les hacían creer que todo en aquella parte de la isla era oro.

Los indios que á los acompañaban y los acompañados por los españoles, delante de ellos, con la mayor fidelidad, les enseñaban la arena y se lo ofrecían.

1492

En varias partes indistintos ríos y pedregales de oro y pedregales de plata, con venas del mismo metal.

Algunos de estos fragmentos eran tan grandes que pesaban ocho y nueve cañas.

Queda encontrado uno en un arroyo, que fue más tarde la administración de los Reyes Católicos y de tantos lo examinaron.

Capítulo LIV.

Nuevos indicios de la traición de Alonso Velez.—

En medio de la sierra, cubierta por los árboles halló Ojeda una humilde choza, y entró en ella á descansar.

Un indio estaba allí.

Le cogieron de improviso, y en presencia de los españoles no pudo ménos de extremecerse.

Miró en torno suyo recelosamente y en sus ojos se manifestó el deseo de buscar una salida para escaparse.

Pero Diego que acompañaba á Ojeda:

II.

—Detente, le dijo, no venimos á hacerte daño,

nos envia aquí nuestro amo el almirante de Castilla que solo ha venido á esta isla á hacer bien á todo el mundo, á derramar á manos llenas los tesoros que de su patria trae para vosotros.

—Lo mismo decia él, exclamó el indio con temblorosa voz, y sin embargo, yo le abrí mi casa, yo le di todo el oro que tenia y me pagó con la más negra ingratitud.

—De quién hablas?

—Del extranjero

—Tú has visto á un extranjero?

—Sí; vino aquí, nuestro cacique Caonabo le protegía. Yo le habia conocido mucho tiempo antes, una noche le libré de la muerte.

Sin conocer el peligro que hay en dormir bajo la sombra del manzanillero se guareció en uno de los árboles para pasar la noche y hubiera muerto si yo no le hubiera sacado de allí y no le hubiera hecho respirar aire puro.

III.

Ojeda asistia á aquella conversacion sin poder explicársela.

Pero Diego á quien habian inspirado el mayor interés las palabras de su compatriota y que creia hallar en ellas la explicacion de una gran parte del misterio que envolvía la muerte de los españoles, continuó hablándole y ofreció á Ojeda enterarle despues de su conversacion.

—Dices que un extranjero á quien salvaste la vida se ha portado contigo indignamente? ¿Quién es? ¿Cómo se llama?

—Lo ignoro, pero estaba con ellos, con los que vinieron de lejanas tierras, desde el cielo, segun nos dijo Guacanajari, á defendernos de los caribes nuestros enemigos, á colmarnos de beneficios, á ser nuestros hermanos. ¡Oh! ¡sí! yo lo creí, yo fui hasta Marien á verlos, mis mujeres venian conmigo.

Nosotros estábamos allí, cuando desde aquellas inmensas moles de leño en que surcaban las ondas del mar dispararon el rayo y estremecieron la tierra con el sonido del trueno.

Yo creía que era bueno y generoso, por eso le salvé, pero hace pocos dias que aquellos miserables llegaron hasta nuestros dominios, ultrajaron á nuestras esposas y quisieron apoderarse de nuestras riquezas.

El sólo quedó vivo; Caonabo le protegía.

V.

—El—prosiguió el indio,—se habia acercado al cacique y le habia dicho «mis hermanos llegan y vienen á apoderarse de tus bienes, á saquear tus minas; sal á su encuentro, lidia con ellos que son pocos y débiles; yo te ayudaré y cuando les hayas vencido,

en premio de este favor, me admitirás en tu compañía, seré tu consejero, tu amigo.»

Caonabo le creyó, gracias á él pudo llegar hasta donde estaban los extranjeros, caer sobre ellos y destruirlos antes de que pudieran esgrimir sus macanas.

—¿Y tú no sabes quién es ese hombre?

—No; nosotros le llamamos Turcy, ó hijo del Sol. Mientras que los indios peleaban, él corrió al lado de Anacaona, y con falsos alhagos hácia ella y hácia su hija Higuamota se captó su voluntad y su aprecio.

Pero un dia, un dia llegó hasta aquí.

La más querida de mis esposas estaba sola.

El infame fijó sus ojos en ella y la aprisionó en sus brazos.

¡Ah! si yo le hubiera visto si yo le hubiera hallado, la más envenenada de mis flechas hubiera traspasado su corazón.

Ailabi, la más querida, la más adorada de mis mujeres fué ultrajada por él y murió de dolor.

Yo le busqué. Caonabo le defendía; me quejé al cacique, le referí mi afrenta, la muerte de mi esposa.

Anacaona intercedió por él y quedó libre.

Con ellos está, él es el que fomenta la guerra contra vosotros, éles el que nos ha hecho revelarnos contra todos los que tienen el poderío de la tierra, porque yo creo que son hijos del cielo los que traen embarcaciones tan gigantescas, rayos tan destructores, armas tan relucientes y tan mortíferas.

VI.

No pudo saber más Diego; pero si aquellas noticias no eran para él más que indicios, debían confirmar á Colon en la sospecha que habia despertado en su ánimo Isabel Monteagudo.

Por el indio supieron que Caonabo estaba reuniendo un formidable ejército, y tomaba las disposiciones necesarias para salir al encuentro de los europeos para darles una batalla y destruirlos como habia hecho con los demás.

A este fin habia reunido á todos los indios que vivian en las inmediaciones de la ciudad de Maguana.

VII.

Ojeda mandó á Diego que dijese al indio que el extranjero que les habia engañado sufriria un horrible castigo.

Creyó que era sin duda alguno de los que habian quedado en la fortaleza de la Navidad, y desaba comunicar aquella nueva á Colon, porque era muy fácil ó apoderarse de él por la fuerza, ó prometiendo el perdón por la audacia, saber muchas noticias de los indios, conocer la verdadera actitud en que estaban y tener más elementos para vencerlos.

VIII.

Con algunos fragmentos de oro que habia recogido en el camino, con algunas plantas y frutos raros.

que habian llamado su atencion, dispuso regresar á la colonia y llegó en tres ó cuatro dias, precisamente al mismo tiempo que regresaba Gorbalan de su expedicion, en la cual habia hallado tambien frutos raros y partículas de oro, pero no llevaba las noticias que Ojeda.

IX.

No habia duda para Colon, despues de saber la conversacion que habia tenido Diego, su intérprete, con el indio de la cabaña, de que si Alonso Velez vivia aún, era el más poderoso enemigo.

Pero las nuevas que le llevaron de los terrenos que habian descubierto, alegraron algun tanto á Colon y sirvieron para reanimar á sus tristes y abatidos compañeros.

X.

No hay duda, exclamó el almirante, ricos teseros encierra el Cibao en sus entrañas. Tarde ó temprano serán nuestros, y podremos realizar nuestras esperanzas y las que los reyes nuestros señores han concebido al disponer la expedicion.

Yo mismo iré en persona, añadió, en cuanto pueda á esas montañas y buscaré el sitio más apropiado para que podamos explotar las minas y defendernos de las invasiones de los indios si acaso nos acometen.

Capítulo LV.

Un cambio de personas.

I.

El tiempo era á propósito para viajar por mar y el almirante dispuso que de las embarcaciones que tenia, regresaran nueve á España, al mando de Antonio de Torres.

Los enfermos de más gravedad debian acompañarle, y no eran pocos los que querian realizar el deseo de volver á la patria.

II.

Entre ellos estaba Américo Vespucio.

Uno, sin embargo, de los designados por Colon queria á toda costa quedarse allí.

Era el finjido escudero, Isabel Monteagudo.
Colon le habia llamado y le habia dicho:

III.

—He recibido noticias que confirman las vuestras. Alonso Velez ha sido un traidor, y casi es seguro que los desastres que nos han ocurrido han sido por culpa suya. Buscarle, aprisionarle y enviarle á la Península es un deber en mí, pero no puedo consentir que permanezcais aquí más tiempo, podria identificarse vuestra persona.

Volved allí que os recomendaré á los reyes para que con su proteccion alivien vuestras penas; y en cuanto á vuestro esposo si se arrepiente y se enmienda aún podreis hallarle en España, no para vengaros de él, sino para pedirle que os resarza de los males que os ha causado.

IV.

Isabel se obstinó en no partir.

Deseaba á toda costa formar parte de la expedicion que debia salir á apoderarse del territorio del Cibao, segura como estaba de descubrir á Alonso Velez y de castigar sus maldades.

Pero la orden de Colon fué terminante.

Isabel sabia que no podia resistir á su mandato, y sin embargo, resolvió quedarse.

V.

Américo Vespucio apenas supo que las embarcaciones iban á regresar á España pidió al almirante licencia para volver en ellas.

El almirante no quiso desprenderse de él.

Era uno de los navegantes que más consideraciones le habian guardado.

VI.

La docilidad de su carácter, su tristeza, y acaso, acaso el haber nacido en Italia, hacian que Colon le mirase con simpatia.

Le pidió primero que no le abandonase, mandándole despues que se quedase á formar parte de la colonia.

Isabel y Américo se encontraron.

VII.

—Los dos sufrimos, dijo Isabel á Américo, y sin embargo, vos cambiariais por la mia vuestra suerte y yo la mia por la vuestra

—Vais á partir, no es cierto?

—Así lo ha dispuesto el almirante, pero yo estoy resuelta á quedarme.

—¿Cómo vais á burlar su vigilancia, á desobedecer sus órdenes?

—Tengo un proyecto que puede hacernos felices á los dos.

—Lo adivino, pero será imposible.

—No lo creais; el almirante ha dispuesto que todos los que han de volver á España, se embarquen mañana á la noche á fin de darse á la vela al romper el alba.

Ocupad mi puesto.

—Y cómo?

—Fácilmente; el encargado de admitir á bordo á los que han de ir á España en la carabela *Santa Lucía*, que es á la que á mí me han destinado, es Márcos Caña, hombre avaro si los hay; yo tengo algunos pedazos de oro que he pedido recojer en las exploraciones que he hecho y ocultar á los ojos de todos, y en cambio de ellos consentiré en la superchería que ha de proporcionarnos la realizacion de nuestros deseos.

VIII.

Repugnaba á Américo Vespucio aceptar aquella proposicion, pero estaba resuelto á jugar el todo por el todo porque la ansiedad en que vivia léjos de Esperanza era superior al sentimiento del deber.

IX.

Todo se preparó para la salida de los buques.

Gorbalan y Antonio de Torres llevaban encargo de explicar á los reyes todo lo que habia sucedido.

Colón escribió una detallada reseña de las piezas de su último viaje. XIX

X.

Envió en los buques todas las muestras de oro que había hallado en las montañas y ríos del Cibao, y expresó la seguridad de poder enviar pronto grandes cantidades de oro, preciosas especias y abundantes frutos del país.

XI.

Hizo asimismo una descripción de la belleza y abundancia de la isla, sus montañas, sus anchos y verdes prados surcados por caudalosos ríos, en una palabra, del espectáculo encantador que tenía continuamente á su vista.

Habló del mal estado de salud de los españoles para no atribuir á la falta de víveres buenos, y pidió por lo tanto que los reyes diesen las órdenes oportunas para que se le enviasen provisiones, medicinas, ropas y armas.

Pidió también caballos para los servicios de su colonia y para las expediciones militares que proyectaba.

Hacia ver la necesidad que tenía de buenos operarios para la explotación de las minas y la purificación y fundición de los metales.

XII.

El resto de su carta estaba destinado á recomendar á algunos de los que volvian habiéndose distinguido en la expedicion.

Era uno de ellos Pedro Mur, hidalgo aragonés del hábito de Santiago y el otro Juan Aguado, persona en quien sembraba beneficios para recoger ingratitudes como veremos á su tiempo.

XIII.

En las embarcaciones que regresaban envió los caribes que habia aprisionado en la Guadalupe, y algunas de las mujeres y niños que en Boriquen habia librado del cautiverio de los caribes que no habian podido escaparse con Flor de Palma.

Recomendaba eficazmente que se les instruyera en el idioma y en la religion, seguro de que cuando volvieran á su patria referirian todas las bondades de que habian sido objeto ganándose de este modo la corona de Castilla la bondad de aquellos indios.

XIV.

Considerando Colon que cuanto mayor fuese el número de canibales que enviase á España, tanto mayor seria el número de almas encaminadas á la salvacion, propuso que se dieran á los comerciantes

de la península á trueque de ganados que enviasen á la colonia.

XV.

Los comerciantes enviarían en buques las cabezas de ganado que quisieran, desembarcarían en la Isabelá y allí estarían ya dispuestos indios cautivos para llevarlos á España.

De este modo se proveería á la colonia de toda especie de aves y ganados sin coste alguno, se librería á los isleños de sus feroces enemigos y se enriquecería la corona puesto que á cada comprador de esclavos se le deberian imponer derechos en favor del Tesoro.

XVI.

Principalmente, quería Colón salvar del error á numerosas almas ofreciéndoles los consuelos de la fé.

Este triste pensamiento, que era una nueva forma de la esclavitud, se le ocurrió á Colón porque veía que el regreso de su escuadra no iba á realizar ni con mucho las esperanzas que se abrigaban en Castilla y quería que las personas reemplazasen en lo posible á la realidad.

XVII.

Además, la conversion de los infieles era una máxima muy arraigada y muy popular en su tiempo, y como dice muy bien uno de sus escritores, al recomendar la esclavitud de los caribes, creía Colón obe-

decer los impulsos de su convicción, cuando sólo escuchaba las insinuaciones de su interés.

Bien es verdad, que los reyes no aprobaron sus ideas y que Isabel, magnánima y bondadosa, dispuso que lo mismo los caribes que los habitantes de Haiti fuesen convertidos á la fé, pero dejándolos en libertad.

XVIII.

Isabel Monteagudo habló con Márcos Caña, le deslumbró con el oro que habia atesorado, el patron accedió á sus deseos y Américo Vespucio partió en lugar de Isabel.

La jóven se quedó en la colonia y permaneció oculta para que Colon no supiese lo que habia hecho hasta que fuera imposible su marcha de la isla.

XIX.

La flota se dió á la vela el 2 de febrero.

El padre Boil y el doctor Chanca enviaron tambien cartas que probaban lo que Colon decia en la suya.

En el momento de partir los navios, la *Isabela* estaba ya casi concluida.

XX.

Rodeaba la ciudad un muro de piedra fabricado para defenderla de los ataques de los indios, medida

que hasta cierto punto parecia inútil, puesto que los que al principio habian abandonado sus chozas no tardaron en volver, mostrándose muy amigos de los españoles y ofreciéndoles provisiones á cambio de los objetos que ningun valor tenian para los europeos y que los indios estimaban tanto.

XXI.

El dia de los Reyes de aquel año estaba ya la iglesia concluida, y el padre Boil y los doce eclesiásticos que le acompañaban celebraron misa con gran pompa y solemnidad.

Convenia no perder tiempo á Colon, y á pesar del mal estado de su salud, empezó á tomar medidas para la expedicion las á montañas del Cibao.

XXII.

Pero un suceso inesperado lo paralizó todo, ofreciendo á su alma una de las penas mas acerbas que hasta entonces habia experimentado.

El arcediano Fonseca se habia prometido hacer pagar muy caro á Colon la humillacion que le habia hecho sufrir.

Las semillas sembradas empezaban á fructificar en la española.

Capítulo LVI.

Bernal Diaz de Pisa.

I.

El arcediano Fonseca habia influido para que formase parte de la expedicion y fuese en calidad de contador un protegido suyo á quien llamaba Bernal Diaz de Pisa.

Un estrecho lazo ligaba á este hombre con Fonseca.

Veinte años ántes, siendo lego de un convento de Valladolid, el que era entónces arcediano de Sevilla conoció á una pobre mujer que con un niño de ocho á diez años, después de un penoso viaje llegaba desde Italia á la córte de Castilla, en busca de un hidalgo á quien habia conocido en su pátria y á quien habia amado.

VI
II.

De su amor habia nacido aquel hijo que vivia como ella en la pobreza y en el abandono porque el hidalgo habia faltado á su palabra, habia huido de su lado y los habia dejado en la miseria.

Poco ménos que pidiendo limosna se habian trasladado desde la ciudad de Pisa á Valladolid, en donde estaba á la sazón la córte, Fonseca fué el primero que tuvo noticia de aquel secreto, y apiadándose de la pobre mujer se proporcionó por bajo de cuerda los medios de acercarse al hombre que la habia condenado á aquel cruel martirio.

III.

Estaba á la sazón casado con una dama ilustre, y deseando deshacerse á toda costa de aquella mujer que le recordaba una falta, compró á dos gitanas para que la buscaran y la arrojaran con una piedra atada al cuello, al Pisuerga.

El niño quedó sólo, y Fonseca apiadado de él, le llevó al convento y le tuvo á su lado.

No faltaba por entónces quien atribuyese los meritos del lego, que no tardó en profesar, á la amistad de un hidalgo que bien podia ser el padre de Bernal, que este era el nombre del niño que habia recogido Fonseca.

IV.

Acaso le habló al alma, acaso le pidió protección para aquel pobre huérfano, y si el amante había sido bastante infame para cometer un crimen, el padre quería calmar la atribulada conciencia del hombre protegiendo al niño desvalido.

V.

El niño se educó bajo los auspicios de Fonseca, á los diez y ocho años tomó parte en las guerras contra los moros, y al concluirse la de Granada obtuvo un oficio de los más lucrativos de la corte.

Bernal Diaz de Pisa que sabia la historia de su madre, no tenia más que una buena cualidad: la de ser agradecido.

Para él Fonseca era la imágen de la Providencia, y estaba dispuesto á sacrificarle su vida.

VI.

Nombrado el arcediano director de la segunda expedición y jefe supremo del consejo de Indias, quiso que Bernal Diaz de Pisa acompañase á Colon en calidad de contador.

Aceptó gustoso aquel empleo no solo por servir á su protector, sino porque le prometia pingües ganancias.

Era ambicioso.

VII.

Quiso desde el primer momento tener alguna iniciativa pero Colon no era una de esas personas á quienes francamente se maneja, y en varias ocasiones le señaló los límites en que debía encerrarse.

Antes de partir le habia dado Fonseca instrucciones secretas, y el deseo de complacerle por una parte, y por otra el desengaño que, como todos, habia recibido, puesto que se le habia figurado que llegar y cargar los navíos de oro seria todo uno, le incitaron á declararse en abierta lucha contra Colon, y á tramar una intriga, cuyos resultados debian ser funestos.

VIII.

Impresionables por naturaleza los españoles, se habian animado algo al oír la descripción que Ojeda y Gorbalan habian hecho de sus viajes exploradores, y habian redoblado sus esfuerzos para terminar la edificación de la colonia y para estar dispuestos á emprender la nueva expedición al Cibao que proyectaba el almirante.

IX.

Pero llegó el momento de la partida de los nueve buques, y los que tenian necesidad de quedarse, vieron partir con profundo sentimiento á sus amigos,

cayeron de nuevo en la duda, en la zozobra, en la inquietud, y habia muy pocos que no pensasen que el mejor partido que habian podido tomar en aquellas circunstancias, era regresar todos y abandonar para siempre un territorio en dónde las ventajas no compensaban los inconvenientes.

X.
Bernal Diaz tenia la opinión de que no era muy acertada la conducta que respecto á los indigenas observaba Colon.

En su concepto eran sueños dorados, y nada más que sueños, las ventajas que en el descubrimiento de aquellas tierras se prometia el almirante.

Durante el viaje habia tenido ocasion de visitar en las islas caribes algunas poblaciones indias, y no habia hallado en ninguna de ellas rastros de civilizacion.

XI.

Por el contrario, aquellos hombres que se devoraban unos á otros le parecian fieras, y por lo tanto, lo que convenia, una vez hechos los gastos del viaje, era entrar decididamente á explorar las riquezas, apoderarse de ellas si las habia, y de no haberlas, regresar á España.

XII.

Al ver el desaliento que habia entre todos los colonos, observando que aquella era una excelente

ocasion para desbaratar al almirante, deseoso, por otra parte, de regresar á España, no podia escoger ni una situacion, ni elementos mas á propósito para desprestigiar al almirante, para regresar á la península, y acaso acaso con la influencia de Fonseca, que de seguro la tendria en su favor, derrotando á Colón volver él algun dia al mando de otra expedicion, y practicar la política que le inspiraban las costumbres y el carácter de los naturales del país.

XIII.

La enfermedad de Colón se habia agravado un tanto.

Mis lectores no olvidan que padecia de la gota y natural era que aquel clima húmedo, unido á los disgustos que sufría agravase su dolencia.

Bernal Diaz de Pisa aprovechó esta circunstancia para poner en juego sus planes.

XIV.

Su proyecto era apoderarse de alguno de los buques que todavía estaban anclados en el puerto, llevar en su compañía el mayor número posible de colonos, llegar á España y hacerles declarar á todos que las noticias que llevaban los que habian salido en las nueve carabelas eran falsas, que la situacion de los españoles en la Isabela no podia ser más lastimosa de lo que era, y que por todas estas razones debía

cayeron de nuevo en la duda, en la zozobra, en la inquietud, y habia muy pocos que no pensasen que el mejor partido que habian podido tomar en aquellas circunstancias, era regresar todos y abandonar para siempre un territorio en dónde las ventajas no compensaban los inconvenientes.

X.
Bernal Diaz tenia la opinion de que no era muy acertada la conducta que respecto á los indigenas observaba Colón.

En su concepto eran sueños dorados, y nada más que sueños, las ventajas que en el descubrimiento de aquellas tierras se prometia el almirante.

Durante el viaje habia tenido ocasion de visitar en las islas caribes algunas poblaciones indias, y no habia hallado en ninguna de ellas rastros de civilizacion.

XI.

Por el contrario, aquellos hombres que se devoraban unos á otros le parecian fieras, y por lo tanto, lo que convenia, una vez hechos los gastos del viaje, era entrar decididamente á explorar las riquezas, apoderarse de ellas si las habia, y de no haberlas, regresar á España.

XII.

Al ver el desaliento que habia entre todos los colonos, observando que aquella era una excelente

ocasion para desbaratar al almirante, deseoso, por otra parte, de regresar á España, no podia escoger ni una situacion, ni elementos mas á propósito para desprestigiar al almirante, para regresar á la península, y acaso acaso con la influencia de Fonseca, que de seguro la tendria en su favor, derrotando á Colón volver él algun dia al mando de otra expedicion, y practicar la política que le inspiraban las costumbres y el carácter de los naturales del país.

XIII.

La enfermedad de Colón se habia agravado un tanto.

Mis lectores no olvidan que padecia de la gota y natural era que aquel clima húmedo, unido á los disgustos que sufría agravase su dolencia.

Bernal Diaz de Pisa aprovechó esta circunstancia para poner en juego sus planes.

XIV.

Su proyecto era apoderarse de alguno de los buques que todavía estaban anclados en el puerto, llevar en su compañía el mayor número posible de colonos, llegar á España y hacerles declarar á todos que las noticias que llevaban los que habian salido en las nueve carabelas eran falsas, que la situacion de los españoles en la Isabela no podia ser más lastimosa de lo que era, y que por todas estas razones debia

renunciarse á la posesion de un territorio que no era más que una tumba de ilusiones y de hombres.

Al efecto conversó con los más descontentos y no tardó en hacer participes de sus deseos á la mayor parte de los navegantes.

XV. — Ya veis, les dijo, — que el porvenir que nos espera no puede ser más triste. Todavía tardaremos algún tiempo en hacer habitable la ciudad, y cuando esté concluida es muy posible que nos veamos obligados á abandonarla porque ha sido tan poco el tacto del almirante para elegir el sitio donde debíamos vivir, que si continuamos aquí mucho tiempo, la ciudad se convertirá en un cementerio.

Yo bien sé que Colón tiene poderes plenos para disponer de nosotros, que le debemos obediencia; pero si todos vosotros lo mismo que yo, estais dispuestos á derramar vuestra sangre en defensa de vuestros reyes y de la religion, no creo que ninguno de nosotros tenga el deber de sacrificarse á la voluntad de un hombre que no en vano muchas naciones han calificado de visionario. En último resultado, ¿qué podemos prometernos de bueno?

Que conquistamos esas montañas del Cibao, que nos apoderamos de las minas de oro de que tanto nos hablan. Y si esto sucede, ¿cuál es la suerte que nos está reservada?

Trabajar día y noche, para arrancar á las en-

trañas de la tierra los filones de oro; entregar-nos á una ruda tarea á la que no podremos resistir sin buenos alimentos, sin respirar en una atmósfe-ra pura, y ese oro que tanto trabajo y sudores nos costará, esas riquezas que á cambio de nuestra vida podemos adquirir, no serán para nosotros. Y —

Las embarcaciones que vuelvan regresarán á Es-paña con ellas, disfrutarán nuestros hermanos de ese tesoro mientras nosotros tendremos que contentarnos cuando más con poseer grandes cantidades de ese metal, pero aquí inútiles porque con ellas no podre-mos comprar el más insignificante placer.

XVI.

XVII.

Estas razones eran muy poderosas, sobre todo para aquellas gentes que habían formado parte de la expedición con el secreto deseo de llegar á la In-dia, enriquecerse y volver á España á disfrutar con el oro, de los placeres que los más poderosos señores de Castilla se proporcionaban á cada instante, grá-cias á las pingües riquezas que atesoraban.

XVII.

Por otra parte, — añadió Bernal Díaz de Pisa, — las personas que han ido en las carabelas son todas adictas á Colón.

El ha escrito á los reyes, y hasta el mismo padre Boil y el doctor Chanca, han confirmado sus noticias.

Los que regresan van muy recomendados á los reyes y hablarán bien.

En Castilla se creerá que somos felices.

Vendrán nuevas embarcaciones con hombres llenos de esperanzas; nosotros no debemos consentirlo.

—¿Y qué hacer?—preguntaron algunos de los que le escuchaban.

—Cumplir nuestro deber, apoderarnos de una de las carabelas, aprovechar un momento oportuno para regresar á España, llegar, acudir todos á la corte, confesar la verdad á los reyes y quitarles una ilusion que puede ser para ellos y para la nacion entera una série infinita de complicaciones y adversidades.

XVIII.

La idea agradó á todos.

Una nueva influencia acabó de decidir á los conjurados.

Formaba parte de la expedicion Fermin Cado, el cual desempeñaba las funciones de ensayador y purificador de metales.

De un carácter díscolo, de inteligencia limitada, se empeñó en declarar que no habia oro en la isla, y que si se encontraba seria tan escaso, que ni con mucho podria llegar á cubrir los gastos de la expedicion.

Sostenia que no era oro puro, el que se hallaba en aquellas minas, que estaba ligado con otros metales de muy poco valor, y estos informes que el en-

sayador no ocultaba á ninguno, ni aun al mismo Colon arraigaron más y más en el ánimo de cuantos habian hablado con Bernal Diaz de Pisa el proyecto de llevar á cabo la conjuracion que habian tramado.

XIX.

Ya no se contentaban con apoderarse de un solo buque.

De hacerlo así el almirante podia inmediatamente enviar los demás en su persecucion ó ir él mismo á España y desmentir sus aseveraciones.

Por lo tanto era de todo punto necesario apoderarse de los cinco buques, partir con ellos á Europa y destruir para siempre la influencia de Colon.

XX.

Al efecto se redactó en la morada de Bernal Diaz de Pisa un memorial fulminando contra Colon las mas duras acusaciones.

Este memorial fué suscrito por casi todos los que formaban la colonia y escondido en la boya de un barco.

Capítulo LVII.

Donde Isabel prueba á Colon que ha hecho bien en quedarse.

Colon estaba en el lecho y no podia enterarse de nada.

Isabel que no se habia presentado aún á su vista despues de la salida de las carabelas, observó el movimiento que habia entre los colonos, notó la preponderancia que sobre todos ellos tenia Bernal Diaz y sospechando que iba á descubrir una intriga le buscó.

II.

Señor Bernal Diaz, le dijo, usted me inspira confianza y voy á hacerle una revelacion.

Bernal Diaz de Pisa conoció al escudero de Colon, y creyendo que era enviado por su amo se mostró receloso.

—¿Qué quiere el pagecillo?

—Mi amo y dueño me mandó regresar á España en una de las nueve carabelas que salieron de aquí, como podeis ver, añadió, por está orden escrita, señalándome la carabela en donde debia tomar pasaje y lo que debia hacer en España.

Pero, ¿qué quereis? Yo soy jóven, tenia esperanzas de hacer fortuna por aquí, y cometi un delito; me oculté de mi amo y aún no me ha visto desde entonces. Hoy, francamente, tengo miedo al castigo.

—¿No me engañas?

—¡Oh! podeis preguntar á todo el mundo, mejor dicho, á los que viven cerca de mí que han podido presumir el motivo porque he estado guardado estos días.

—¿Y qué pretendes?

—Pediros un consejo y un favor. Vos sois el contador de la colonia, veis á menudo al almirante, os tiene en mucha estimacion; pedidle que se apiade de mí, decidle que ha sido una locura de chico, y estoy arrepentido y que imploro su perdon.

III.

Bernal Díaz pensó que si no le engañaba era una de las personas que más le convenia llevar á su lado.

—Buscadme á la noche, dijo al paje, y verémos lo que puede hacerse.

Durante este tiempo averigió que era cierto que Colon habia dado la orden á su escudero para que partiese á España.

Averiguó asimismo que era verdad que desde la salida de las carabelas no se habia presentado al almirante y convencido de que no le habia engañado, al verle por la noche:

IV.

—El almirante, le dijo, no te perdonará nunca. Has desobedecido sus órdenes y como le conviene mantener su prestigio, como pudieran imitarte otros si despues de haber faltado á sus órdenes te perdonase, está resuelto á imponerte un castigo ejemplar. Pero, tranquilízate, añadió Bernal Diaz, todó podrá arreglarse.

—De qué manera?

—Oye un secreto y ¡ay de ti si se trasluce una sola palabra de lo que voy á decirte!

—No tengais cuidado, dijo Isabel con alegría al ver que al fin y al cabo iba á saber lo que deseaba.

—Aquí nos aguarda una muerte oscura despues de una agonía lenta y dolorosa. Unos cuantos amigos estamos resueltos á partir y tú puedes acompañarnos. Tu fortuna no está aquí, está en España si como servidor de Colon confirmas ante la córte lo que nosotros pensamos decir acerca de su desacertada direccion que tanto nos hace sufrir.

—Si, si, dijo Isabel deseando inspirarle confianza para que hablase más; contad conmigo para todo, pienso ir con vosotros. Tratándose de eso iria á España con mucho gusto, pero cómo?

—Muy fácilmente, todo está ya arreglado. Un día de estos saldrán algunas expediciones, pero los que estamos unidos por el deseo de partir nos quedaremos pretestando enfermedad ó cualquier otra causa, y aprovechando la primera oportunidad correremos á los buques que hay en el puerto, que ya estarán preparados de antemano y partiremos en ellos para España.

—Contad conmigo, dijo Isabel con resolucion, y desde luego si alguno de los conjurados está á bordo enviadme á su lado para que me oculte allí hasta el momento de partir.

V.

Así lo hizo y por efecto de esta circunstancia pudo Isabel tener noticia del memorial acusador que estaba oculto en la boya del buque, para presentarle á su tiempo á los reyes de Castilla.

La desgracia habia hecho valerosa á Isabel.

VI.

Una noche pretestando que necesitaba ver á Bernal Diaz dejó la embarcacion y regresó á la colonia.

Casi todos los colonos dormian.

Isabel fué á la habitacion del almirante.

Mientras todos dormian él velaba.

Isabel cayó de hinojos á los piés de su amo.

VII.

— Vos aquí, — exclamó Colon reconociéndola.

— Si; perdonadme, he cometido una felonía.

— Habeis desobedecido mis órdenes.

— Las he desobedecido para haceros un bien. Oídme, y despues, si quereis, castigadme.

VIII.

Isabel refirió á Colon las desdichas de Américo Vespucio y el motivo que habia tenido para partir en su lugar.

Colon, que habia sufrido mucho, comprendió y disculpó aquel acto de rebeldía, pero pronto se borró aquella impresion en su alma al oír las palabras que Isabel le dijo.

IX.

— Mi desobediencia, añadió la jóven, ha sido providencial. En tanto que vos sufrís en el lecho, algunos descontentos conspiran contra vos.

Bernal Diaz de Pisa, con otros cuantos, á quienes puedo designar, se han conjurado para aprovechar el primer momento oportuno, apoderarse de las embarcaciones, darse con ellas á la vela con rumbo para España y una vez allí desmentir las noticias que llevan las carabelas que partieron há poco, acusaros ante la córte y despretigiaros para siempre.

—Eso intentan? exclamó el almirante no pudiendo contener su indignacion. Y vos, cómo sabeis?...—

—Desde el sitio en donde me habia ocultado para que no se supiese mi desobediencia observé algo y me dirigí á Bernal Diaz pidiéndole proteccion.

Soy uno de los conjurados desde entonces, pero ya podeis imaginar cuál ha sido mi deseo desde el primer momento: advertiros, ayudaros á prevenir el golpe.

¿Ha sido ó no providencial mi desobediencia?

—¡Dios mio! ¡Dios mio! exclamó Colon, cuánta amargura en el cáliz de la felicidad que has acercado á mis labios.

X.

Isabel le enteró de los planes de los conjurados, y Colon tomó las medidas necesarias para desbaratarlos.

Bernal Diaz de Pisa, Fermin Cado, Diego Ansuarez y unos cincuenta colonos más, estaban comprometidos en la conjuracion.

Isabel, despues de haber hablado con Colon, corrió á llamar á Bernal Diaz.

XI.

—He venido, le dijo, á prestaros un señalado servicio.

—¿Cuál?

—Vigilad muy de cerca y con el mayor secreto

al patron de la carabela en donde me habeis ocúltado.

—Por qué?

—Porque en mi concepto va á vendèrnos.

—Pero, en qué te fundas para hablar de ese modo?

—Le he visto conversar en secreto con uno de mis compañeros, el mas adicto á Colon, y le he oido decirle sin que él me viera que no volviese por allí porque no estaba sólo y podian conocerle.

Esto fué ayer, y hoy, diciéndole que me habiais encargado que viniera á veros he llegado á tierra para comunicaros estas noticias.

XII.

Bernal Diaz se propuso observar, y encargó al paje que volviese á bordo y no perdiese de vista un sólo instante al patron.

Al dia siguiente corrió la nueva de que Colon estaba peor de su mal.

Llamó á algunos capitanes, y exigiéndoles juramento les refirió lo que pasaba.

XIII.

—Si no les damos un ejemplar castigo, añadió, perderemos toda la autoridad ante ellos y seremos sus primeras victimas. Es necesario simular que salís á varias expediciones en tanto que, apostados cerca de la playa estais prontos á acudir á mi voz.

A los capitanes de los buques les habló del mismo modo, encargándoles que apenas salieran las expediciones fuesen cautelosamente á los buques con los hombres de su mayor confianza para contrarestar los planes de los conjurados.

XIV.

Así las cosas, corrió la voz en la colonia, de que dos dias despues debian salir á explorar varios puntos de la isla, seis destacamentos con quince ó veinte hombres cada uno.

—El momento oportuno se acerca, dijo Bernal Diaz á los conjurados.

Fingieronse estos enfermos cuando los llamaron para formar parte de la expedicion, y sus compañeros partieron á obedecer las órdenes de Colon.

XV.

Al anochecer, el almirante mismo, reuniendo todas sus fuerzas se dirigió á la carabela en cuya boya estaba guardado el documento que debian llevar á España los conjurados.

Bernal Diaz llegó con los suyos á la playa, y los mandó á todos esperar en tanto que él se dirigia á los buques para hacer que llevasen los botes á la orilla, y pudiesen ser trasportados á bordo.

Esperaba allí al patron su cómplice en el bote que estaba en la orilla aguardándole, y le sorprendió ver en su lugar á un marinero.

—¿Y Ansurez? dijo Bernal Diaz.

—A bordo de su carabela os espera, contestó el marinero.

—Mientras yo hablo con él, vuelve á la playa y vé llevando á bordo de los otros buques á los amigos que se han quedado en ella.

XVII.

Bernal Diaz subió á bordo y entró en el camarote donde pensaba hallar á Ansurez.

Su asombro fué inmenso al encontrar en su lugar á Colon!

—¿No esperábais hallarme aquí?—le dijo el almirante.

Señor; yo... balbuceó Bernal Diaz.

—Sois un miserable y aunque pudiera daros un ejemplar castigo os perdono. Quedareis, sin embargo, aquí preso hasta nueva orden mia.

Todo estaba descubierto.

XIX.

El único recurso que quedaba á Bernal Diaz era que llegasen sus amigos en los botes y que haciendo á su vez prisionero á Colon pudieran realizar su propósito yendo un poco más léjos y deshaciéndose del almirante.

Pero el marinero que habia visto desde el bote lo ocurrido:

XX.

—Estamos perdidos, dijo á los conjurados. El almirante se ha trasladado á bordo con sus más fieles servidores, está enterado de la conjuracion, ha preso á Bernal Diaz y os aguarda á todos para prenderos.

Esto bastó para dispersarlos.

XXI.

Bernal Diaz fué cargado de cadenas, Colon le puso además centinelas de vista y volvió á tierra anunciando á sus capitanes lo que habia pasado inspirando por su valor nuevo prestigio á sus ojos.

Pero aquello no bastaba porque el descontento cundia y hasta los mismos soldados que tenian el sentimiento de la disciplina, hacian ver que tarde ó temprano imitarián á Bernal Diaz y á los suyos.

XXII.

Colon formó causa á todos los conjurados y decretó que el jefe de ellos fuese á España en la primera expedicion con la sumaria de su delito para que los tribunales de la Península le castigaran.

A los demás los castigó, pero benévolamente.

XXIII.

Para precaver atentados como aquel, mandó que se depositasen en una sola embarcacion todas las armas y municiones que estaban repartidas en las cinco, dando el mando del buque-arsenal á Diego Marquez que le inspiraba la mayor confianza.

Pero todas estas medidas necesarias para mantener el órden, unidas á las penalidades que todos sufrían, irritaron á la generalidad de los colonos; empezaron á decirse unos á otros que no debían obedecer tan ciegamente á un extranjero per más que contase con el favor de los reyes y llegó á ser tan grande la hostilidad de que fué objeto que no pudo ocultarse á sus ojos, y empezaba á desmayar, á perder la esperanza de conservar su prestigio entre aquella gente, de realizar los proyectos que á costa de tantos sacrificios le habian llevado allí, cuando la Providencia vino en su auxilio.

XXIV.

Una mañana al rayar el alba aparecieron á lo lejos tres puntos negros que poco á poco fueron aumentando.

—Son tres embarcaciones, dijo uno.

Y la noticia se divulgó con rapidez eléctrica.

Poco despues vieron ondear en los palos la bandera de España.

XXV.

Y sin embargo, no habia tiempo de que hubieran llegado las carabelas y de que llevasen á Colon los refuerzos y viveres que pedia.

Pero ¿no podia ser aquello que se hubieran anticipado á sus deseos los reyes?

El almirante pensó tambien que podian ser algunas de las carabelas que habia enviado últimamente á España, las cuales por efecto del temporal regresaban.



Capítulo LVIII.

Los hermanos de Colon.

I.

Tanto habia affigido al almirante la determinacion que habia tenido que tomar para poner coto á la rebeldía de Bernal Diaz de Pisa y sus secuaces; tanto lamentaba tener que recurrir á medidas estremas para mantener la disciplina y el respeto á su autoridad, que su enfermedad se agravó, y por algunos momentos inspiró sérios temores al doctor Chanca, que no se separaba nunca de su lado porque habia tenido ocasion de conocer las grandes cualidades de Colon, y le servia con lealtad y desinterés.

II.

Isabel que á pesar de su pena estaba muy agradecida á las bondades de Colon, le asistia con el ma-

yor esmero, ocultando siempre á los ojos de todo el mundo el misterio de su existencia.

Pero un personaje que habia formado parte de los navegantes y que hasta entónces habia estado oscurecido, por más que observase siempre al almirante con el mayor interés y curiosidad, al ver que su enfermedad se agravaba, aprovechó un momento oportuno para tener á solas una entrevista con Cristóbal Colón.

III.

Antes de pasar adelante conviene que se fije la atención del lector en algunos antecedentes de la familia del almirante, porque han de servirnos para comprender muchos de los sucesos que debian completar su historia en el porvenir.

Al referir Colón su vida al prior de la Rábida, Fray Juan Perez de Marchena, contó someramente los sucesos de su juventud manifestando que tenia dos hermanos y que era hijo de un cardador de lanas de Génova.

IV.

En los años de su infancia, en los albores de su juventud, concibió hácia su hermano Bartolomé un afecto mucho más grande que el que profesaba á Diego y á Marietta, su hermana menor.

Nacidos y criados los tres hermanos en el seno de una república, cuya vida marítima era muy impor-

tante, tenían necesariamente que abrazar con entusiasmo la profesión de marinos.

Para un personaje que había formado parte de las navegaciones y que hasta entonces había estado ausente, por más que observase siempre al almirante

Niños aun, acudían á la playa en el momento en que las embarcaciones iban á darse á la vela, y natural era que su infantil curiosidad les impulsase á preguntar á dónde iban.

A estas preguntas respondían las maravillosas descripciones de los países que los viajeros visitaban, y era natural que se despertase en ellos el deseo de ir también á aquellos países lejanos en los que había riquezas, y para llegar á los cuales tenían que desafiar las iras del mar.

VI.

Los tres, desde su más temprana edad, se propusieron ser marinos consumados, con lo cual no hacían más que seguir la tradición de su familia; porque ya he tenido ocasion de decir en otro lugar, que no había sido Cristóbal el primer almirante de su apellido, y que desde muy jóven tomó parte en las atrevidas empresas que su tío y sus primos emprendían.

VII.

Dotados los tres hermanos de superior inteligencia, tuvieron que obedecer á esa ambicion que domi-

na á los hombres cuando su cuerpo permanece en la prision de la necesidad, y su alma vuela libre por las regiones del lujo y de la esplendidez.

Su padre era muy pobre.

Su madre habia muerto en muy temprana edad, y faltaba para ellos en la casa ese lazo, ese atractivo que sirve de contrapeso á los deseos que tienen los jóvenes de volar por el mundo.

VIII.

Los tres hermanos convinieron en hacer fortuna para librar á su pobre padre de la esclavitud del trabajo; pero mientras llegaba el suspirado momento de partir, le ayudaban todos en el desempeño de su oficio.

Cristóbal, mas afortunado que sus hermanos, con gran alegría de ellos, porque le querian en extremo, fué á estudiar á Pavia.

IX.

Antes de despedirse de sus hermanos asistió á una escena que le sirvió para conocer mas y mas el carácter de cada uno de ellos, y para fijar en su alma el aprecio que en lo sucesivo debia profesarles.

Estaba en vísperas de partir, y paseaba con sus hermanos por el muelle de Génova, cuando vió multitud de curiosos que asistian al espectáculo de una lucha entre dos chicos de catorce á quince años.

Uno de ellos era muy corpulento y tenia mas edad que el otro, así es que llevaba gran ventaja en la lid. Iba á caer el mas débil, cuando Bartolomé, colocándose en medio de los dos y separándolos, comenzó á denostar al mas fuerte, empuñando con él una lucha en la que quedó victorioso en medio de los aplausos de la muchedumbre. III V

Fueron separados, y entonces Diego se acercó al jóven que habia sido vencido por su hermano, le preguntó con el mayor interés si habia sufrido alguna herida, y le consoló hasta donde era posible. XI

Cristóbal, jóven aun, vió en la actitud de Bartolomé el sentimiento de la justicia y la energía del valor; en Diego la bondad, pero una bondad exagerada que se parecia mucho á la pusilanimidad.

Cristóbal Colon reunia las cualidades de los dos, pero en mayor grado las de Bartolomé; razón por la cual se aumentó en su alma el afecto que le profesaba.

Pasó algun tiempo lejos de ellos amaestrándose en las faenas marítimas, estudiando la geografía y la náutica. XII

Al volver á su casa, halló á Bartolomé resuelto á abandonar su patria por los azares de los viajes á regiones desconocidas.

Diego por el contrario habia perdido su afición al mar, habia entablado amistosas relaciones con los frailes de un convento de franciscanos, y sus aspiraciones eran contragrarse á la vida monástica.

XIII.

El padre de Colón vivía de una esperanza.

Sus hijos dedicados á la marina hallarian protección en su primo Cristóbal Colón, hombre rico y valiente, que á cada instante emprendía expediciones, con las que aumentaba su prestigio y su fortuna.

XIV.

El almirante, que almirante le llamaban también, habia cobrado gran afecto á Cristóbal su sobrino, estaba seguro de su pericia, de su valor, y resolvió llevarle á un viaje de los más arriesgados, porque iba á tener que luchar con las galeras de los turcos.

XV.

Se habló mucho en Génova de esta expedición; los más valientes temblaban al pensar en el peligro con que amenazaba á los navegantes aquella empresa; pero el valor, la pericia del viejo marino y la ca-

lidad de los marineros que debían acompañarlos, despertaba la esperanza en todos de que regresarían victoriosos.

XVI.

—Me llevo á tus dos hijos,—dijo al cardador de lanas el corsario.—Bartolomé y Cristóbal pueden servirme de mucho y aprender no poco en ésta expedición.

—Mas si perecen...—contestó el pobre padre.

—Si perecen tanto peor para ellos... A ti te queda Diego que sabrá ayudarte á bien morir cuando llegue el caso, porque no sale del convento en donde le han hecho creer que llegará á ser un santo.

XVII.

El cardador de lana comunicó á sus hijos los deseos de su primo, y Cristóbal y Bartolomé entusiasmados, se entregaron al exceso de su alegría yendo á ver á su tío, y participándole su satisfacción.

—Es una temeridad, pensó Diego; nuestro buen tío quiere sacrificar á mis hermanos, y no lo logrará.

XVIII.

Bartolomé estaba por entonces prendado de una bella aldeana que vivía al pié de las montañas que en forma de anfiteatro se estienden delante de la bahía de Génova.

iba á verla á menudo, porque la amaba, y la *contadina* parecia verle con gusto y escuchar con placer sus lisonjas.

Pero dominado por la pasion de los viajes, Bartolomé estaba resuelto á sacrificar, á este afan, á esta sed, á esta fiebre, los sentimientos amorosos de su alma.

XIX.

Diego, que impulsado por el mejor deseo, estaba resuelto á evitar la partida de sus dos hermanos, comunicó á la jóven los propósitos de Bartolomé.

Herida en su amor propio porque preferia su amante los azares de la expedicion á su cariño, se prometió esclavizarle; y cuando una mujer se empeña en dominar á un hombre lo consigue.

XX.

Por de pronto despertó sus celos.

Se valió de terceras personas para que le dijeran que rondaba su casa un noble caballero.

Bartolomé, que no ocultaba nada á su hermano Cristóbal, le confió sus temores.

Estela, que así se llamaba la jóven aldeana le era infiel.

XXI.

—Abandónala para siempre, dijo Cristóbal; ma-

ñana mismo nos damos á la vela... en el mar la olvidarás.

—La olvidaré, sí, mas despues de haberme vengado de ella.

—Pero estás seguro de su infidelidad?

—Seguro... no: me han hecho sospechar, no solo las noticias que me han dado, sino su actitud; su turbacion al preguntarle acerca de mis dudas.

—Estás celoso?

—Celoso é indignado. Mañana partimos... no es verdad?

—Sí, al amanecer.

—Pues hoy quiero ir á verla; y si es verdad que ama á otro, que me engaña...

—Cálmate, hermano mio. En ese caso, mas que de tu indignacion, será acreedora de tu desprecio.

XXII.

Bartolomé fué en efecto aquella noche, y Estela que lo único que deseaba era que no partiese, empleó los mil recursos que la mujer posee para lograr su objeto.

Cristóbal fué á su casa.

XXIII.

—Ya no partís mañana—le dijo su hermano Diego.

—Cómo no?

—Se ha resuelto diferir la partida porque el tiempo no es nada favorable.

—Y quién te ha dicho?..

—El tio... que ha enviado además un recado con un marinero para noticiaros su resolución.

—Voy, voy á ver, dijo Cristóbal disponiéndose á salir.

XXIV.

Salió en efecto, y á pocos pasos de la puerta de su casa le detuvo una mujer anciana.

—Sois vos Cristóbal Colón?

—Yo soy, buena mujer, qué quereis.

—Vivo en la campiña, al lado de una jóven con quien sostiene relaciones amorosas vuestro hermano Bartolomé.

—Y me buskais?

—Para deciros que vuestro hermano se halla en un grave peligro.

—Hablad.

—Ha ido á ver á su amada, y ha sabido que habia huido con otro amante, ha corrido en su busca y como no están léjos y el seductor va acompañado...

—Ah! voy corriendo á auxiliarle.

—Yo os guiaré.

XXV.

Se pusieron en marcha, y al salir fuera de la ciudad la anciana le llevó por un camino que Cristóbal desconocia.

—Esperadme aquí un instante, le dijo al llegar á una encrucijada.

—Desapareció, y una hora despues aún no habia vuelto.

XXVI.

—¿Qué es esto? pensó... me habrá engañado esa mujer para apartarme de mi hermano, para qué no pueda prestarle auxilio. De todos modos yo buscaré la casa de Estela, yo averiguaré la verdad.

Y continuando su camino, pasó toda la noche perdido.

XXVII.

Al amanecer llegó á casa de Estela.

La jóven no habia salido de su casa.

Le preguntó Colon por su hermano y ella le aseguró que no le habia visto.

Corrió á la ciudad y en medio del camino oyó un cañonazo.

Avanzó más y más.

XXVIII.

—Qué buque es el que acaba de darse á la vela? preguntó á un aldeano que volvia de Génova.

—El del corsario Cristóbal Colon.

—¿Estais seguro?

—Yo lo creo... segurísimo.

Cristóbal sin llegar á su casa, sin pensar en su hermano Bartolomé corrió á la playa.

En ella encontró á Diego.

XXIX.

—Me has engañado anoche, le dijo.

—Sí, Cristóbal,—contestó Diego:—os he tendido un lazo á Bartolomé y á tí, para que no perezcais en ese peligroso viaje.

—¿Qué has hecho?

—Salvar vuestra vida....

—No... lo que has hecho es deshonorarnos.

—¡Cristóbal!

—Eres un miserable!

—Hermano mio.

—Todo ha acabado entre nosotros... cuenta solo con mi ódio.

—Cristóbal... por piedad!

—No volverás á verme nunca.

XXX.

Y lanzándose á un bote

—Avanza,—dijo á un marinero,—hasta llegar al buque de mi tío que aún se vé.

Con algun trabajo logró alcanzarle.

Bartolomé perdonó á Diego.

Cristóbal no volvió á verle desde entonces.

Capítulo LIX.

Una reconciliacion.

I.

El personaje desconocido, ó por lo menos que habia permanecido hasta entónces en la colonia sin llamar la atencion de nadie, habia formado parte de la expedicion recomendado por el padre Boil, para el cual habia logrado cartas que le habian servido al logro de su objeto, que era el de acompañar á Colon en el viaje.

II.

Sólo sabian sus compañeros que se llamaba Diego, y que aunque no era sacerdote, por su traje, por su aspecto, por su carácter, tenia una gran vocacion para la carrera eclesiástica.

Hasta entonces habia sufrido con bondadosa resignacion todos los azares del nuevo viaje, todas las

inclemencias de la colonia, y habia sido uno de los que más habian trabajado para realizar en todo y por todo los planes de Colon.

III.

Siguiendo su enfermedad paso á paso, cualquier observador que hubiera tratado de averiguar en su fisonomía los sentimientos de su alma, hubiera leído en ella la ansiedad, el temor, y á veces la esperanza.

Pero eran muchos los disgustos que habia sufrido el almirante.

Toda su fortaleza, toda su energía, todo su vigor, no bastaba para soportar el empuje de tan récios y encontrados huracanes.

IV.

Hubo un momento, como he dicho ya, en que su salud llegó á inspirar sérios temores.

El padre Boil, jefe espiritual de la colonia, estaba al lado del enfermo, porque natural era que si acaecia una desgracia, él fuera quien le reconciliase con Dios en los últimos momentos de su vida, quien escuchase su confesion y quien contribuyese á realizar sus propósitos nombrado por él, como debia nombrarle, su albacea moral, por decirlo así.

V.

El modesto protegido del padre Boil, con timidez se acercó á él y le dijo:

—Necesito, si me lo permitís, hablar á solas con Cristóbal Colon.

—Ya sabeis que está enfermo de gravedad.

—Sin embargo, es absolutamente necesario que yo le hable.

—Y ¿por qué ahora y no ántes?

—Es un misterio, padre Boil, que quizás no tardeis en saber. Cuanto mayor sea la gravedad del almirante, tanto más necesario es que yo le hable.

—Consultaremos al doctor Chanca para ver si se halla en situacion de oiros.

VI.

—Ved al doctor,—añadió el padre Boil señalando al médico que salia de la habitacion donde estaba el almirante.—¿Cómo le dejais?

—Algo más sosegado. La fiebre ha disminuido y si descansa, tal vez saldrá triunfante de la crisis. Su enfermedad es más moral que física. Aún hay naturaleza en él; aún puede resistir las inclemencias del tiempo, los disgustos de los hombres; las contrariedades de la vida son las heridas más profundas que tiene.

—Yo necesito hablarle, señor doctor,—dijo el protegido del padre Boil.

—¿Con qué fin?

—Creo tener en mi mano los medios de aliviar su alma y de ofrecerle algun consuelo.

VII.

—¿Vos?—exclamaron el padre Boil y el doctor Chanca, admirados.

—Yo, sí; hasta ahora me habeis visto permanecer silencioso y, sin embargo, la historia de mi vida está muy enlazada con la del almirante. Tal vez cuando le diga quien soy, cuando me reconozca al tenderme los brazos, experimentará una satisfaccion inmensa, tanto más cuanto que es inesperada.

—Esa emocion podrá perjudicarle.

—No lo creais, y para convenceros de ello podeis asistir á nuestra conferencia.

—El padre Boil os acompañará; yo voy á ver á otros enfermos que reclaman mi auxilio, dijo el doctor Chanca.

—Tened la bondad de acercaros á Colon, padre Boil, y decidle que uno de los marinos, el más humilde de todos, tiene que hacerle una revelacion en nombre de uno de sus hermanos.

—¿Y es eso cierto?—preguntó el padre Boil.

—Vais á asistir á nuestra entrevista y os convencereis de ello.

VIII.

Apenas comunicó el sacerdote al almirante los

deseos del colono, en quien hasta entonces nadie había reparado:

—Que pase, haced que pase,—dijo reuniendo todas sus fuerzas para recibirle.

—Señor,—exclamó el colono acercándose al lecho.....

—Me han dicho que teneis que hacerme una revelacion en nombre de un hermano mio. ¿Por qué os habeis ocultado hasta ahora?

—Porque vuestro hermano me encargó que callase hasta encontrar una ocasion propicia, una ocasion en que la felicidad os predispusiera á oirme con benevolencia, ó en que vuestra desdicha fuese tan grande, que encontraseis consuelo oyendo hablar de los seres queridos de vuestro corazon.

—¿Es mi hermano Bartolomé quien os ha encargado que me habéis en su nombre?—preguntó Colon.

El desconocido experimentó una triste sensacion. Hizo un movimiento como queriendo decir:

—Siempre Bartolomé! ¡es el predilecto!

Pero deteniéndose:

—No,—respondió,—es vuestro hermano Diego quien me ha dado el encargo de hablaros en su nombre.

—Diego, mi pobre hermano Diego,—dijo Colon.

Y se quedó pensativo.

IX.

—Sin duda alguna,—añadió después de una breve pausa,—estará muy quejoso de mí. Cuando

nos separamos, fui cruel, muy cruel; debí perdonarle, debí estrecharle contra mi corazón y no lo hice.

¡Ah! ¿pero no es verdad que no me guarda rencor?

El debe haber sabido las desventuras de mi vida, porque mi vida ha sido tristemente célebre en toda Europa, y dónde quiera que haya estado habrá oído hablar de mi.

Pero si ha sabido las amarguras que he pasado, los obstáculos que he tenido que vencer para llegar á esta tumba que se abre á mis piés después de haberme ofrecido un sόlio, me habrá perdonado, se habrá compadecido de mi, y acaso me envia con vos un ósculo de paz.

—No os habeis engañado;—dijo su interlocutor—vuestro hermano Diego, débil de carácter, pero generoso de alma, no os ha guardado rencor nunca. Desde el primer momento conoció que la impetuosidad de vuestro carácter tenia que ser necesariamente en algunos momentos irascible, y olvidó aquella escena que fué la última vez que os vió, quedando al separarse de vos con los ojos inundados de lágrimas.

—¿Y qué ha sido desde entónces su vida?

—Una lucha tambien. Vos partisteis; vuestro hermano Bartolomé os siguió. Los dos habiais nacido para las grandes aventuras, para luchar, para conquistar glorias y sufrir privaciones, y el mar abrió paso á las carabelas, en dónde fuisteis en busca de aventuras, de gloria y de fortuna.

Pero Diego, el más débil, el más pusilánime, el más reposado de los hijos de Cristóbal Colon, el

cardador de lanas de Génova, tenía un padre anciano, debía quedarse á su lado para velar por él; tenía una hermana jóven, muy jóven, sin madre, con un padre achacoso y enfermo.

Mientras sus hermanos corrían en pos de gozes, él debía permanecer al lado de su familia, ser su sosten, su amparo, y cerrar los ojos del pobre anciano cuando durmiera el sueño eterno.

XI.

—Con esas palábras,—dijo Colón amargamente,—me recordais lo ingrato que he sido con el pobre anciano que tan bondadoso fué para mí. Y no es que haya dejado de pensar en él, no; si he deseado adquirir una fortuna, ha sido para derramarla á manos llenas en su hogar; he deseado verle feliz, querido y satisfecho por haber dado el sér á seres agradecidos.

Pero mi vida ha sido una continua série de desgracias.

Arrojado por la tempestad á las playas de Portugal, hallé en ellas amparo; los dias que respiré en la atmósfera que habia en la córte de Portugal, me hicieron ambicionar lo que más tarde he conseguido, y para consagrarme á mis ensueños tuve que trabajar dia y noche para vivir en la miseria.

XII.

Calificado de visionario, de iluso, de demente;

pobre, viudo, con un hijo muy niño aun tuve que mendigar de puerta en puerta, llegar á pié hasta España y pedir en las puertas de un monasterio los auxilios de la caridad.

— Cuando la fortuna ha empezado á sonreirme para regresar, he preguntado por mi padre, he preguntado por mis hermanos.

— La república de Génova me ha contestado:

«Vuestro padre ha muerto; vuestra hermana está unida con el mejor operario de vuestro padre. Vive pobre, oscura; es una obrera, pertenece al estado llano, pero es feliz.

— Nadie sabe el paradero de vuestro hermano Diego.

— Vuestro hermano Bartolomé recorre el mundo: tal vez ahora está en Africa acompañando á los portugueses en alguna de sus más atrevidas empresas.»

— ¿Qué podia hacer por mi familia dispersa yá, sin hogar, sin lazos que me sujetasen?

— Pero no por eso he olvidado á aquellos seres queridos de mi corazon, y sobre todo ahora que me encuentro tan léjos de la pátria en que nací, de la pátria que me ha adoptado, en la que tantos favores me han dispensado; ahora que las fuerzas del alma y del cuerpo me abandonan, pienso con emocion en aquellos dias hermosos de mi infancia y en medio de la ociosidad que me rodea, los recuerdos me parecen rayos bellísimos de un sol de primavera, en medio de un invierno helado y nebuloso.

XIII.

—¡Ah!—prosiguió Colon verdaderamente conmovido,—si yo tuviese aquí á mis hijos, á mis hermanos, á mi pobre padre, á aquella santa mujer que nos dió el sér y que nos abandonó tan pronto; ah! qué feliz seria legándoles mi gloria, mi fortuna, bendiciéndoles en el postrer instante!

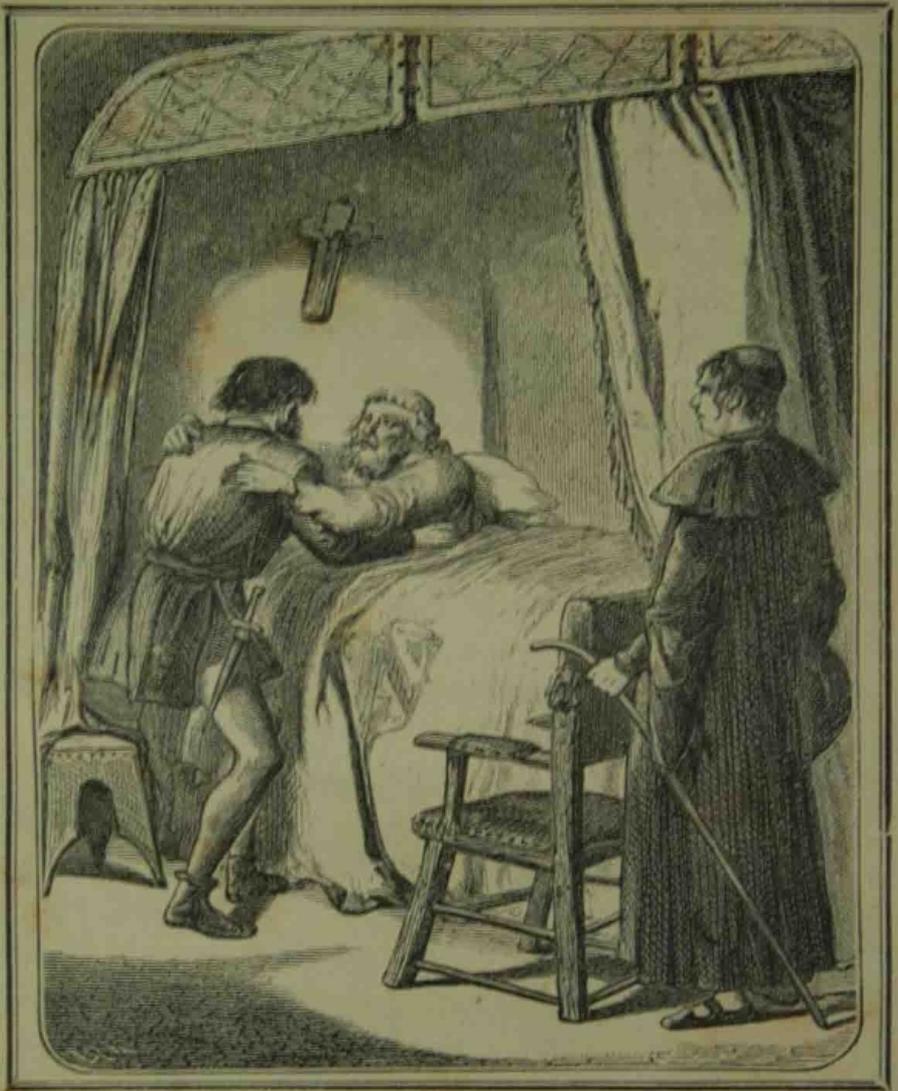
Sé que la muerte me amenaza; sé que aunque queria esforzarme para recuperar el vigor que me abandona todo es inútil.

Tal vez la Providencia quiere libramme de los horrores que me esperan; tal vez mi enfermedad, el sueño eterno que me aguarda al final de ella es el descanso y la tranquilidad que necesito.

Si vos volveis y yo me quedo aquí, si hallais al pobre hermano cuyo recuerdo acabais de evocar, decidle que siempre le he amado, que siempre he deseado su bien, que arrepentido al poco tiempo de haberme separado de su compañía, hubiera vuelto para estrecharle entre mis brazos; pero era imposible. Decidle que no le he olvidado nunca; y si es pobre, si sufre, podeis asegurarle que mis hijos partirán con él, mi fortuna y mi gloria.

XIV.

—Yo en su nombre os doy las gracias,—exclamó el desconocido.



CRISTÓBAL COLÓN.—Si, sí; tú eres, y bien sabe Dios que has venido a darme la vida.

Y cayendo de rodillas, despues de vacilar un instante, profundamente conmovido y con voz trémula:

—Cristóbal! hermano mio, yo soy Diego, tu pobre hermano Diego que hubiera deseado dártese á conocer en otra ocasion despues de haberte prestado un inmenso servicio. Este ha sido el objeto que le ha obligado á alistarse como el último de los soldados, como el más insignificante de los marineros para vivir al lado tuyo.

—Sí, es cierto,—exclamó Colon incorporándose en el lecho y mirando fijamente á su hermano...—Esa mirada... esa frente... Si, si, tu eres, y biensabe Dios que has venido á darme la vida, porque las lágrimas que asoman á mis ojos van á devolverme la vida. Ya no estoy solo, ya tengo una persona de quien fiarme; ya aunque muera moriré tranquilo porque habrá quien me defienda de los que me calumnien.

XV.

El padre Boil, que asistia á la escena, tendiendo afectuosamente la mano á Diego, que era en efecto el hermano del almirante:

—Somos dos,—dijo el jesuita,—los que velaremos á vuestro lado, los que os defenderemos, porque no creo que me hagais la injusticia de creer que aunque me he opuesto á algunas de vuestras resoluciones, he dejado de reconocer en vos un génio superior.

—Gracias, padre mio; ya estoy mas tranquilo. No hay duda, viviré, viviré para llevar á cabo mi obra.

La alegría, en efecto, reanimó las fuerzas del almirante, y las cuidados de su hermano y del padre Boil y las muestras de afecto de que fué objeto Diego y el almirante mismo, cuando se supo la escena que habia pasado entre los dos, devolvieron á los habitantes de la triste colonia la actividad, el aliento que habian perdido.

Algunos dias después pudo levantarse Colón, y cuando estuvo restablecido:

XVII. —La ociosidad es lo que nos mata. Quédense aquí los enfermos, los débiles; yo nombraré una junta de gobierno, de cuya direccion se encargará mi hermano Diego, y con los capitanes, los soldados, con los audaces marineros á quienes la molicié anquila iremos á descubrir terreno, á visitar las montañas del Cibao, á registrar las ricas minas de oro que atesoran. Si es preciso luchar, lucharemos; hemos venido á difundir la religion, á despertar la fé, á dominar á este pueblo no para esclavizarle, sino para emanciparle de la ignorancia con la luz de la religion y de la inteligencia.

Cumplamos nuestro propósito, llenemos nuestra mision y la satisfaccion de haberla cumplido renovará nuestras fuerzas cuando desmayen.

XVIII.

Estas palabras fueron acogidas con entusiasmo por los capitanes y por los soldados que deseaban satisfacer su curiosidad y su ambicion, y desplegaron todos la mayor actividad para pertrecharse, para prepararse á la expedicion, cuyos resultados debian ser definitivos.

XIX.

Colon satisfecho con la presencia inesperada de su hermano, seguro de que él vigilaria si no con energia al menos con lealtad, tranquilo porque habia inspirado á todos los colonos gran afecto, se resolvió á partir para averiguar de una vez cuál era la actitud de los indios, y si los tesoros que encerraba la isla valian la pena de los sacrificios que habia hecho y tenia que hacer en lo sucesivo.

XVII

Capítulo LX.

XIX

La Vega Real.

I.

A principios de marzo, resuelto Colón á llevar á cabo su último plan, reunió contando con todos los hombres útiles que habia en la colonia, cuatrocientos perfectamente armados y equipados, los cuales con los indios que parecían favorables á los españoles podían bastar al almirante para llevar á feliz término su exploracion.

Todos salieron de la colonia en orden de batalla con bandera desplegada y al son de los atabales y tambores.

II.

La junta de gobierno que habia dejado Colón comenzó á funcionar, yendo al templo con los que se

quedaban en la colonia; para pedir á la Providencia que les deparase buena suerte.

El primer día avanzaron por una estensa llanura que habia entre las montañas y el mar y no tuvieron mas remedio que atravesar un rio que estendia sus múltiples y caudalosos brazos sobre fértiles, verdes y risueños prados.

III.

Una montaña de difícil acceso les ofreció su abrigada falda para acampar la primera noche de la expedición.

Las dificultades que ofrecia el terreno á los soldados llegaron á parecer insuperables.

No habia para subir á la montaña mas que una vereda escabrosa á través de rocas y precipicios, por la que no podian pasar sino de uno en uno los soldados, y este era un verdadero inconveniente, no solo por el tiempo que perdian en el pasage, sino por la facilidad con que podrian destruirlos sus enemigos, si en actitud hostil les esperaban al final de la montaña las huestes de Caonabo.

IV.

Era necesario abrir un camino, y Ojeda con algunos otros oficiales y capitanes de la expedición, jóvenes hidalgos que en las guerras moriscas se habian acostumbrado á desempeñar las funciones de zapadores é ingenieros, se ofrecieron á abrir en breve,

tiempo el camino para que las tropas con la caballería y la artillería pudieran pasar. Al cabo de dos días hicieron el primer camino en el Nuevo Mundo, y desde entonces se llama Puerto de los Hidalgos, como un tributo pagado á la memoria de aquellos bizarros donceles que le habian trazado.

V.

No por eso dejó de ser un desfiladero rápido y peligroso, pero por él llegaron hasta una garganta que ofrecia un golpe de vista deslumbrador, un paraíso, un eden.

La emocion que habian experimentado Ojeda y sus compañeros, se trasmitió al mismo Colon y á todos los que le acompañaban.

VI.

Nada más hermoso, nada más bello, nada más seductor que aquella vasta y fértil llanura, cuya espléndida vegetacion ofrecia á la admiracion de los extranjeros todos los colores, todos los matices, todas las aguas de las piedras preciosas, todos los frutos de la naturaleza, todos sus encantos, todas sus bellezas.

VII.

Magníficas florestas, palmeras de prodigiosa altura, filas de caobales dominaban los bosques con sus enhiestas copas.

Al mismo tiempo los arroyuelos que serpenteaban por toda la vega aumentaban su hermosura, y las infinitas aldeas que á través de los árboles se descubrían, el humo que de trecho en trecho iba á perderse en el espacio, indicaba que aquel territorio estaba acaso habitado por los seres más felices de la tierra.

VIII.

—Esta es la rica vega, dijo Ojeda á Colón, de que os he hablado; no es posible encontrar nada más pintoresco ni aún para los que hemos hollado con nuestra planta los jardines de los árabes, las calles formadas por arrayanes y jazmines, las ricas fuentes; en una palabra, todos los prodigios de la jardinería y del arte musulman.

—Esto nos sorprende más, nos encanta más, respondió Colón, porque aquí vemos la mano del Altísimo, mientras que allí se vé la mano humilde del operario inteligente.

Aquí todo es natural, no hay más que la voluntad de Dios, y por ser el paraje más vasto, más hermoso de la tierra quiero darle el nombre de Vega Real, y pidamos á Dios que en él encontremos amigos, porque sería horrible tener que conquistar estas llanuras combatiendo con los naturales, regándolos con sangre.

IX.

Al frente de su pequeño ejército y por un desfi-

ladero, entró en un llano, y para llamar la atención de los indios, dispuso que tocaran marchas guerreras y que se presentase el ejército á la vista de aquellas gentes con todo el aspecto marcial, con toda la pompa necesaria para imponerles y admirarles.

X.

En briosos corceles, con banderolas que ondeaban reflejando los rayos del sol, iban delante hasta cuarenta hombres. Detrás Colon con su estado mayor, tambien en caballos ricamente enjaezados, y despues los soldados con los yelmos y cotas relucientes.

XI.

Cuando por vez primera oyeron el sonido de los clarines y los tambores, los indios acudieron á las alturas para ver qué era lo que producía aquella música, y su asombro no tuvo límites al ver aquella cabalgata, aquel ejército que se presentaba á su vista como una columna de oro, fuego y piedras preciosas, no sabiendo qué hacer, si huir amedrentados ó si detenerse á admirar aquel prodigio.

XII.

La caballería que iba delante inspiraba á los indios tanto terror como asombro.

En el primer momento creyeron que ginete y caballo era una sola cosa, un solo objeto.

Así es, que al ver más tarde á los ginetes apearse de los cabállos, y volver á montarse, se quedaban pasmados, y su admiracion crecia de punto.

XIII.

En la duda, respecto á las intenciones de los extranjeros, huian los indios á toda prisa; con especies de cañizos, tapaban las puertas creyéndose con esto libres del peligro que suponian.

Algunos soldados quisieron penetrar en las chozas, y como era muy fácil derribar aquellas puertas, iban á hacerlo.

—Deteneos, dijo Colon; respetad las intenciones de los indios. Quieren defender su propiedad; que vean que la respetamos.

XIV.

Diego, el intérprete, llamó á algunas de las puertas y por orden de su amo dijo á los moradores de las chozas que no tuvieran miedo, que los españoles iban con los mejores deseos de paz, y animados de los sentimientos más afectuosos.

—En prueba de ello, —añadió, —tomad los regalos que os ofrecen.

XV.

Los más atrevidos de ellos se asomaron á sus

puertas al oír su voz, les dió en nombre de Colón cuentas de vidrio y de abalorio, y otra porción de dijes de los que llevaban para catequizar á los indios.

Esto les tranquilizó, y poco á poco fueron saliendo de sus guaridas manifestando vivos deseos de pagar aquellos agasajos con los manjares que poseían.

XVI.

No quiso detenerse Colón, y atravesó la comitival por varios pueblos.

Al pasar por los grupos de chozas, los indios que formaban parte de la comitiva de Colón entraban en ellas; tomaban los manjares y los objetos que querían, y esto como si ejecutasen la cosa más natural del mundo.

XVII.

Era costumbre entre ellos tomar unos de otros lo que necesitaban, y al querer los moradores de las chozas practicar su costumbre con los europeos, acercándose á ellos con curiosidad para ver sus armas, los caballos, y para apoderarse de los objetos que llevaban, no podían menos de estrañarse de que les estorbaran realizar su propósito.

XVIII.

De cualquier modo, la verdad era que los manjares no eran objeto de comercio entre los indios.

Cada cual tenía derecho á tomar de su vecino lo que necesitaba.

La venta de los objetos de la alimentacion, no existió en la isla hasta poco después de la llegada de los europeos, que fueron los que les iniciaron en esta clase de tráfico.

XIX.

Colón y su comitiva después de haber andado cinco ó seis leguas por aquella inmensa y pintoresca llanura, llegaron al magnífico rio Yaquí, al que dió el almirante el nombre de Rio de las Cañas.

En su primer viaje le habia llamado Rio de Oro, porque era el mismo que después de surcar la hermosa vega, desembocaba en el mar cerca de Monte-Cristi.

XX.

Acampado en sus frescas orillas, pasó la noche aquel ejército, y no habia uno sólo de los que le formaban que no estuviese animado, contento.

El espectáculo que durante el dia habian tenido delante de sus ojos; las esperanzas de encontrar el oro que encerraban en sus entrañas los montes del Cibao; la deferencia, el aprecio con que durante todo el dia les habian tratado los indios moradores de aquel Paraiso, les hacia confiar en el porvenir y olvidar las penas que hasta poco ántes habian llenado de desaliento su corazon.

XXI.

En la madrugada del día siguiente atravesaron el río en ligeras canoas que les ofrecieron los indios.

Dos días prosiguieron su marcha sin dejar la vega, hallando al paso espesas selvas y cristalinos manantiales, que bajaban desde las cumbres del Cibao y llevaban en sus arenas polvo de oro.

Uno de los manantiales mereció á Colon el nombre de Rio Verde por la belleza del paisaje sobre que se destacaba.

XXII.

En todas las poblaciones fueron recibidos con muestras de amistad, porque aunque huian al pronto los naturales, apenas les hablaban los indios que acompañaban á Colon, se mostraban tranquilos y confiados, salian á las puertas de las chozas, ofrecian á los extranjeros los frutos y los manjares que poseian y hasta muchos de los grupos les festejaban con músicas y canciones del país.

El segundo día por la noche llegaron á una sierra que parecia mas elevada cerca de la vega.

Diego que habia hablado con los indios:

XXIII.

—He aqui donde empiezan las montañas del Cibao,—dijo.

—Mentira parece,—exclamó Ojeda,—que tierras tan escarpadas y de aspecto tan triste, encierren en sus entrañas el oro que según fama producen estas.

—¿Y eso os parece extraño?—dijo Colón;—lo que mucho vale mucho cuesta, y justo es que para llegar hasta dónde está el oro haya necesidad de verter copiosísimos sudores.

XXIV.

La aspereza de la sierra y el cansancio de los soldados, inclinó á Colón á acampar al pié de un desfiladero, y allí permaneció algun tiempo mandando á algunos de los suyos que fuesen á buscar á la colonia provisiones que empezaban á escasear, y á los zapadores ó ingenieros que formaban su vanguardia, les envió tambien para que abriesen camino.

XXV.

Dos dias después prosiguieron el viaje por una estrecha y difícil senda en la que los ginetes tenían que llevar á los caballos de la brida.

Al llegar á la cumbre no pudieron menos de dirigir los ojos en torno suyo, admirando el espectáculo encantador que se ofrecia á su vista.

XXVI.

Aquella llanura cubierta de selvas y de grupos de

chozas, surcada por cristalinos arroyos y por anchos y caudalosos rios, media nada menos que ochenta leguas de longitud y treinta de latitud.

Colon y los suyos penetraron por fin en el Cibao, en la region del oro, en el departamento en que dominaba el terrible Caonabo.

VIXX

La república de la sierra y el departamento de los valles, habiendo a Colon á su frente, se dividieron en tres partes. La primera se dio á los españoles, y la segunda á los indios, y la tercera á los franceses. Los españoles se repartieron en tres partes, y los indios en tres partes, y los franceses en tres partes.

VXX

Después de haberse repartido el territorio en tres partes, se dio á los españoles la parte de la sierra, á los indios la parte de los valles, y á los franceses la parte de las costas. Los españoles se repartieron en tres partes, y los indios en tres partes, y los franceses en tres partes.

VXXI

Después de haberse repartido el territorio en tres partes, se dio á los españoles la parte de la sierra, á los indios la parte de los valles, y á los franceses la parte de las costas.

Capítulo LXI.

Donde aparece un indio que no lo es.

I.

Todo cambió de aspecto.

Grupos de rocas escarpadas, picos pelados, estériles montañas, árboles pequeños, raquíticos y sin vegetación.

Cibao quiere decir en la lengua del país *pedra*; así es que el nombre cumplía lo que ofrecía.

Pero si no se presentaban á la vista de los españoles a aquellos árboles verdes, frondosos, aquellas flores de matices tan brillantes, aquellos pájaros cuyo plumaje á los rayos del sol parecían piedras finas, tenían para recrear su vista partículas de oro que relucían entre las arenas de los arroyos que bajaban por la sierra.

II.

Ojeda, que conocía el país por haber estado en él, se adelantó con unos cuantos soldados de la vanguardia; los indios le reconocieron y sobre todo el que le había contado sus cuitas, el que tanto había sufrido por causa de Alonso Velez, y todos á porfía se esmeraban en festejar á los soldados llevándoles manjares y pedazos de oro, que con la esperanza de que volverían, habían recogido en los arroyos, deseando complacer á los españoles, porque hasta entonces los indios no sabían que hubiera otra cosa que les agradara más de cuanto había en su país que el oro.

III.

No fué solo este rico metal lo que encontró Colon en aquella expedición.

También vió ámbar y lápiz-lázuli, aunque en cantidades muy pequeñas, y hasta le pareció descubrir una mina de cobre en una especie de cueva, en la que penetró con los más inteligentes que le acompañaban.

No quiso pasar adelante, porque las noticias que tuvo acerca de la actitud de Caonabo no eran nada satisfactorias.

IV.

Por otra parte, estaban á bastante distancia de la

colonia, podían faltarle, víveres podían necesitar auxilio sus compañeros, y la prudencia aconsejaba que aguardasen allí.

Era indispensable construir una fortaleza en donde pudieran defenderse los españoles, cuando después de hacer escursiones hácia el centro de aquellas montañas, se viesen perseguidos por los naturales.

No tardaron en descubrir la falda de una colina en la que la vejetacion se asemejaba mucho á la de la vega.

V.

—Este es el mejor sitio, dijo Colón, para acantonarnos. Aquí es preciso construir una fortaleza que resista cualquier ataque de los indios, lo que se conseguirá fácilmente formando un foso en la parte en que el río no la bañe.

No habia ya duda de que en aquella parte de la isla habia oro en abundancia.

Fermin Cado y algunos otros de los que habian tomado parte en la conjuración de Bernal Díaz de Pisa acompañaban á Colón.

Estos habian dicho en varias ocasiones que no habia oro en la isla, y cuando el almirante les aseguraba que sí:

VI.

—Tendreis mucha razon,—exclamaban,—pero nosotros, somos en esto como Santo Tomás: cuando lo veamos lo creeremos.

—¿Estais seguros ya,—dijo Colón á Cado y á sus amigos—de que hay oro en la isla? ¿No lo estais viendo?

—Si,—contestaron, porque era imposible decir lo contrario.

—Pues en recuerdo á vuestras dudas voy á llamar á este paraje Santo Tomás, y este será el nombre que tendrá la fortaleza que vamos á construir.

VII.

Con árboles que los operarios á las órdenes de Colón aserraron y pulimentaron, con las piedras que de aquellas canteras pudieron coger, en quince ó veinte días levantaron un fuerte, en el que aguardó Colón á que volvieran los emisarios que había enviado á la colonia con víveres bastantes para poder dejar allí un destacamento, y ver hasta qué punto le convenia internarse en la sierra ó tomar otro rumbo.

VIII.

La noticia de la llegada de los españoles á las fronteras del territorio de Caonabo, no tardó en divulgarse, y como ya se tenía noticia de ellos en todas aquellas comarcas, y todos tenían la mayor curiosidad por verlos, acudieron de todas partes indios á visitarles ofreciéndoles desde luego frutos del país, pepitas de oro y polvo de este metal.

Todos pedían en cambio abalorio, cascabeles, y

los demás objetos que habian visto á sus afortunados compatriotas.

IX.

—Si quereis objetos como esos,—les decia Diego en nombre de Colon,—corred á buscar oro, traedlo y por él os daremos lo que deseais.

Apenas escuchaban esto, unos bajaban al rio y pasaban largas horas buscando en sus arenas cantidades considerables de oro en polvo; otros se alejaban más y más y traian pedazos del mismo metal.

Un anciano ofreció á Colon dos pepitas de oro virgen que pesaban una onza.

Recibió un cascabel por cada una, y el infeliz experimentó una inmensa alegría.

X.

—Mucho ha agradado al almirante tu regalo,—dijo Diego al anciano indio,—él admira la belleza de estas pepitas.

—Bien poco valen,—contestó el anciano.—En mi aduar que está á una media legua de camino, hay pedazos de oro grandes como guanabanas.

Todos aseguraban que en aquel territorio habia grandes cantidades de metal, y ante la seguridad de haber llegado á la realizacion de sus deseos, era tan grande el respeto y sumision que todos tenian, y tan vivos los deseos de llevar á cabo la arriesgada em-

presa que debía darles por resultado la posesion de los soñados tesoros.

XI.

—De aquí no debemos separarnos sin haber conseguido nuestro deseo, decian todos.

Mientras se construía la fortaleza de Santo Tomás, un caballero joven de Madrid, adalid esforzado, pidió á Colon permiso para explorar el país con unos cuantos hombres, y lo obtuvo.

Ya estaba concluida la fortaleza y se aprestaba Colon á partir á la colonia cuando se presentó á su vista el caballero de Madrid, llamado Juan de Lujan con un indio maniatado.

XII.

—Hé aqui nuestro mayor enemigo, dijo Lujan al almirante.

—Perdon, perdon, exclamó el indio en idioma castellano cayendo á los piés de Colon.

—El es, dijo el paje que acompañaba á Colon.

—¡Sileneio! exclamó el almirante. —Levántate, miserable, añadió.

XIII.

Y dispuso que uno de los oficiales le condujera á bordo de uno de los buques, y quedará allí preso.

Aquel hombre, ya lo habrán comprendido nuestros lectores, era Alonso Velez, que habiendo renegado de su religion, de su patria, de sus costumbres, de todo, habia adoptado las costumbres, y el ilusorio traje de los indios, para librarse de las persecuciones de los españoles.

Desde aquel momento Colon vigiló á Isabel, que hubiera querido partir con los hombres que llevaban preso á su esposo.

XIV.

—Quedaos á mi lado, yo os haré justicia, le dijo el almirante.

Y olvidando por un momento á aquel miserable, reunió á los capitanes para que en su presencia les diese Lujan cuenta de los descubrimientos que habia hecho en su viaje.

XV.

—No es un país, dijo muy satisfecho el caudillo, tan árido, tan triste, como las apariencias hacen suponer. Entre los pliegues de las montañas hay prados pequeños, pero fértiles, y la tierra puede producir más de lo que á todos nos ha parecido.

En los valles hay ricos pastos y son muy pintorescos los efectos de luz que producen las azuladas piedras que hay en los montes, piedras que á la distancia en que se las vé parecen venas.

Las especies que venimos buscando, ó mucho me equivoco ó están en el Cibao y he descubierto vides que trepando hasta la copa de los árboles ostentan abundantes y maduros racimos.

XVI.

En cuanto á los habitantes del país, recelosos todos, huían al acercarnos nosotros.

No son tan favorables como los indios de la vega, pero nos temen y el prestigio unido á la fuerza podrán llegar á dominarlos.

El cacique ó rey de ese departamento tiene su morada á bastante distancia.

No me he acercado á él, pero he podido averiguar que hace grandes preparativos de guerra y que nos ha jurado odio á muerte.

XVII.

Ya pensaba regresar con todas estas noticias cuando un suceso inesperado me proporcionó aprehender á ese hombre, el cual tiene grandes conocimientos del país y tal vez con la esperanza del perdón puede prestarnos grandes servicios.

Sin embargo, al encontrarle su actitud era hostil. Acaudillando á unos cuantos indios, vino hácia nosotros alentándolos á que nos arrollaran y él á su vez dispuesto á pelear conmigo.

Grandemente me extrañó que entre sus armas

tuviera una pistola. Al llegar á cierta distancia apuntó con ella á mi pecho y disparó.

XVIII.

Afortunadamente pude librarme de la bala y mandando que disparasen á los míos no tardaron en dispersar á todos los indios que huyeron despavoridos, quedando algunos heridos en tierra.

El miserable quiso huir, pero mis soldados le rodearon y pudimos prenderle.

Yo no creía que fuese un compatriota nuestro.

Durante todo el camino no ha querido hablar una sola palabra, pero él, mejor que nadie puede ampliar las noticias que me complazco en daros.

XIX.

—Si, yo le exploraré,—dijo Colon,—puede sernos muy útil ó muy perjudicial.

Pero Lujan no habia hablado todavía de los descubrimientos de riquezas que habia hecho, y todos le asediaron á preguntas.

—De que hay mucho oro en el país, no tengo duda alguna,—contestó;—pero no ha de lograrse sin trabajo, porque saben los indios lo que vale.

XX.

Posteriormente habló á solas con Colon, y por

ser muy adicto á él, le confió que habia visitado los sitios en donde se hallaban los más ricos manantiales de agua que arrastraban más oro.

Terminada la fortaleza, dió Colon el mando de ella á Pedro Margarite, y le dejó una guarnicion de cincuenta y seis hombres, con instrucciones para que poco á poco fuese captándose el aprecio de los indios del Cibao, á fin de averiguar por ellos cuantos por menores necesitaba saber para realizar su propósito.

XXI.

Necesitaba regresar á la Isabela para conferenciar con Alonso Velez y tomar sus disposiciones, abriendo un camino más corto entre la colonia y la fortaleza, y estudiando la manera de entrar en negociaciones sin necesidad de recurrir á la guerra, con el terrible cacique del Cibao.

Al llegar á las márgenes del rio Verde, halló á los españoles que habia mandado por provisiones.

XXII.

Envió algunas á Pedro Margarite, y procuró que los que le acompañaban se acostumbraesen á los alimentos de los indios, no descuidando el trato con ellos, á fin de captarse más y más su buena voluntad.

El almirante deseaba á toda costa conversar con Alonso Velez, y regresó á la colonia para conseguir su deseo.

XXIII.

—No olvideis,—dijo á Isabel,—que he prometido ampararos. Yo exploraré su corazón, yo veré si aun es digno de perdon. Prometedme acatar en todo mi voluntad.

Isabel estaba desarmada.

A pesar de su ódio, habia descubierto un átomo de piedad en su alma hácia el infame que la habia engañado.

XIV.

Poseida de una viva ansiedad, aguardó el resultado de la entrevista de Colon con el que habia sido causa de todas las desventuras de los españoles en la isla de Haiti.

Para saber todo lo que habia pasado á Alonso Velez, asistamos á la conversacion que tuvo con el almirante, la misma noche de su llegada á la colonia.

Capitulo LXII.

De la necesidad, virtud.

I.

Empezaba á oscurecer, cuando Colon, subiendo á uno de los botes sin haber hablado apenas con su hermano Diego, se dirigió á la carabela en donde por orden suya habia sido trasladado el falso indio.

Poco despues entró en el camarote donde se hallaba encadenado Alonso Velez y quedó á solas con él.

II.

—Estais en mi poder, le dijo: habeis cometido horribles crímenes; puedo castigaros, puedo haceros pagar muy caro los desastres de que habeis sido causa. Soy vuestro juez: respondedme con sinceridad, porque del resultado de mi interrogatorio pende vuestra vida.

Alonso no se atrevia á alzar los ojos en presencia del almirante.

III.

—Hablad, dijo Colon.

—Y contestó Velez: ¿qué quereis que os diga?

—Obedeciendo á un mal pensamiento habeis ocasionado infinitas desdichas.

¿Qué daño os habian hecho vuestros hermanos? qué daño os habia hecho yo? Por ventura, no hay en vuestra alma un átomo de agradecimiento para el hombre que os arrancó de las playas españolas, en donde tantas eran vuestras desdichas, y os trajo aquí; y os distinguió?

Comprendo que por un momento os haya cegado la pasion, que la codicia ó un sentimiento de venganza que no comprendo, ó tal vez el temor de volver á vuestra patria en donde tantos males habeis causado, os hayan impulsado á faltar á todos vuestros deberes!

Pero no seriais digno de haber nacido en una nacion cristiana, si no os arrepintiérais, si no aspiraseis á implorar su perdon con la verídica narracion de todo lo que ha pasado; los medios de apiadarse de vos, de ejercer la clemencia... sed sincero y en ese caso podré deciros:

»No estais en la presencia del juez, sino en la del magistrado que no va á condenar sino á buscar los medios de defensa que teneis para libraros del castigo.

IV.

Aquellas palabras, pronunciadas con solemnidad por un hombre tan eminente, que tanto prestigio tenía á los ojos del mismo Alonso, le conmovieron.

—He sido un miserable; no aspiro á ser perdonado, pero os hablaré con sinceridad.

—Eso quiero.

—Vos lo habeis dicho; la idea de volver á España y volver sin recursos estando en un país que tanto oro atesoraba, me horrorizó.

Mis pasados años, empleados en devaneos y locuras, me hacian presagiar un porvenir muy triste al regresar á la patria.

Vos mismo me habiais obligado á santificar un lazo que podia sujetarme para toda la vida: yo necesitaba romperle, y este deseo fué el primer impulso que me obligó á ocultarme en los momentos en que, dejando á Arana y á Gutierrez al mando de la fortaleza de la Navidad, os aprestábais á partir para España.

V.

—Y dónde os ocultásteis?

Alonso Velez refirió á Colon la historia que habia referido á Arana, pero no diciéndole como aquél que se habia perdido, sino que intencionadamente habia ido á buscar el territorio en donde nacia el oro.

VI.

—Despues, añadió, inspirado por la cordura, me propuse reunir la mayor cantidad de oro posible con la esperanza, no quiero ocultároslo, con la esperanza de que algun día volvieran nuevas embarcaciones, y apoderándome yo de una de ellas, pudiera regresar á España rico y disfrutar allí de mis riquezas.

—La codicia os cegaba?

—Entré en negociaciones con Guacanajari.

VII.

El soberano se habia prendado de la imágen de la Virgen que habia en la fortaleza de la Navidad.

Deseaba á toda costa poseer aquel objeto de veneracion, y en cambio de ella me ofreció mucho oro.

Yo lo guardaba bajo la arena, pero aquello no era bastante para saciar mi ambicion.

Por otra parte, la conducta que obsevaban los españoles respecto de los indios despertaba poco á poco en estos una profunda odiosidad; nada respetaban nuestros hermanos.

Pagaban las bondades con atropellos, saqueaban los hogares de los indios, ultrajaban sus esposas.

Al mismo tiempo habia llegado la noticia de que los españoles habian herido y muerto á algunos indios en la bahía de Samaná.

La paciencia se agotaba; su ira estaba á punto de estallar.

Yo quise librarme de su persecucion, y presentándome á Caonabo, el cacique más valiente y más audaz, el más atrevido, el que más ódio profesaba á los españoles:

—«Mis hermanos te ultrajan, le dije, yo quiero ser tu amigo, quiero ayudarte á vencerme.»

VIII.

—Y en vez de morigerarlos, en vez de demostrarles que caminaban á su perdicion, preferisteis venderlos?—dijo Colon.—Yo conservo un documento—añadió,—que se ha hallado en las crispadas manos de uno de los españoles, en el cual se os acusa de traidor.

Alonso refirió lo que habia pasado cuando los españoles al mando de Gutierrez y Escobedo habian llegado hasta el Cibao.

Uno de los soldados que habia podido huir, habia llevado á Arana la noticia de que Alonso Velez les habia preparado la emboscada de que habian sido víctimas, y Arana mismo habia escrito en un papel aquellas palabras que habia encontrado Isabel en sus crispadas manos.

IX.

—Desde entonces, añadió Alonso Velez, renunciando á mi traje, amoldándome á las costumbres de los indios, aprendiendo su idioma, observando sus

ritos, habia llegado á captarme la amistad de Caonabo y de su esposa la reina Anacaona.

Era ya dueño de inmensas riquezas y aun cuando no volviera nunca á mi patria habria encontrado los medios de vivir en la prosperidad si la desgracia no me hubiera traído prisionero á vuestro poder.

Pero he sido muy culpable, y era natural que sufriese el castigo.

Hoy sé que estando en vuestro poder me aguarda una muerte afrentosa.

X.

—No aqui, dijo Colon; no soy yo ejecutor de la justicia, pero si es mi ánimo enviaros encadenado á España para que los tribunales os juzguen allí.

—Preferiria mil veces la muerte.

—Por eso creo que es el mayor castigo que puedo imponeros. Vais á espiar vuestras culpas en la misma patria donde habeis nacido.

—¡Oh! vos no ignorais que ese castigo infamaría á mi familia. Matadme antes por piedad.

—La Providencia, —dijo Colon, —os ha colocado en una situacion en la que podeis redimir vuestras culpas.

—¿De qué modo?

—Por vuestra causa los que nos habian acogido como amigos se han tornado en adversarios. Hoy mismo se prepararan á combatirnos.

—En cuanto Caonabo sepa que estoy en vuestro poder, hará los mayores esfuerzos para libertarme.

XI.

—Vos teneis el deber de facilitarnos los medios, con las noticias que teneis, de los aprestos militares que poseen, y de los elementos con que cuentan, para resistir su empuje y realizar en bien de la religion y de la pátria el pensamiento que aquí nos ha traído.

¿Quereis que yo consiga vuestro perdon, quereis rehabilitaros á los ojos de todo el mundo?

¿Quereis lavar vuestras infamias y hallar en una contricion completa el perdon de todas vuestras culpas, la satisfaccion de todas vuestras esperanzas?

—¡Oh! sí, sí,—dijo Alonso Velez,—decidme á qué precio he de conseguir eso y no dudeis que estoy resuelto á todo.

XII.

—Pues bien, oid. Fácilmente podeis justificar á los ojos de todos los españoles, porque todos ignoran, menos yo, la existencia de ese papel en que se os acusa, que al veros acosado en la fortaleza por los indios, os decidísteis á vivir entre ellos, pero aguardando siempre una ocasion para volver á mi lado.

Ya lo habeis conseguido y estais dispuesto á informarnos de todas las costumbres de los indios, de los recursos con que cuentan para luchar, de sus intenciones respecto de nosotros; de esta manera podeis proporcionarnos el triunfo y al regresar á España, yo mismo os recomendaré á los reyes para que

ejerzan sobre vos la hermosa prerogativa de la clemencia.

—¿Estais resuelto á seguir mi consejo?

—Si, os lo juro.

—Pues bien, en ese caso voy á quitaros las cadenas, voy á poner á vuestro lado una persona solo para que os vigile.

Voy á anunciar á los capitanes de los buques y á los marineros que habiéndoos salvado de la muerte que sufrieron vuestros compañeros, no teneis mas deseo que volver á nuestro campo para comunicarnos las noticias que necesitamos para no caminar á ciegas por este desconocido pais.

¡Ay de vos si faltais á la confianza que me inspirais; entónces vuestros crímenes serian publicados por todos los pregoneros de España, y caería sobre vuestro nombre la general execracion.

Aguardad aquí mis órdenes.

XIII.

Colón partió y dijo al gefe de la carabela:

—Dentro de poco vendrá uno de mis pajes con orden mia para hablar con el preso y ponerle en libertad.

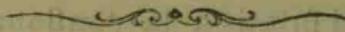
XIV.

Al llegar á su palacio llamó á Isabel.

Le confió la escena que habia pasado entre los dos y predisponiéndola á la clemencia:

—Haced de él un amigo; nos ha causado mucho daño, pero aun puede dispensarnos mucho bien.

Isabel se apresuró á ir al buque donde estaba su esposo.



Capítulo LXIII.

Usos, costumbres, creencias y ceremonias de los naturales
de Haití.

I.

La conversacion que habia tenido Alonso Velez con Colon, la situacion en que se hallaba y las exploraciones que habia hecho mientras habia vivido con los indios, le hicieron reflexionar sériamente acerca de su porvenir, predisponiéndole á un cambio radical en su modo de sér.

Estaba en poder de los españoles, habia cometido horribos crímenes y podian hacérselos espiar.

Al lado de los indios habia comprendido la inutilidad del oro, porque de qué le servia recrear su vista en aquel precioso metal, si no podia adquirir con él los goces que en Europa podia proporcionarse con su auxilio?

II.

Antes de caer en poder de Colon, se habia propuesto apoderarse del ánimo de los caciques y obtener su perdon, alegando que todos sus actos habian tenido por objeto conocer á fondo á los indios, para ayudar á los españoles á vencerlos, seguro de obtener de esta manera su perdon y ser enviado á España con riquezas y honores; y una vez rico, se prometia ser hipócrita buscando á Isabel, viviendo con ella con todas las apariencias de un hombre honrado, pero entregándose en el misterio á las pasiones que le habian dominado toda su vida.

III.

La actitud que habia observado en Colon, las palabras que habia oido de sus labios, habian dado mas fuerza á su proyecto, y aunque sabia que Caonabo y los suyos no tardarian en salir al encuentro de los españoles y en trabar con ellos una gran batalla, preferia á la proteccion de los caciques de Haiti, observar la conducta que le habia aconsejado Colon, para trocar su suerte de prisionero en hombre libre, y sér útil á sus hermanos.

Tal era su resolucion cuando se presentaron en el camarote el paje de Colon y el capitan del buque.

IV.

—El almirante—dijo el último—ordena que en cuanto su paje, que está presente, lo tenga á bien, rompamos sus cadenas.

—Desatadle—dijo Isabel—desde luego.

Al oír aquella voz fijó Alonso los ojos en el paje, y quedó en la actitud de la persona que al oír hablar á otra recuerda que no es la primera vez que ha escuchado su voz.

—Ahora dejadnos solos, porque tengo que comunicar órdenes de mi señor y dueño á Alonso Velez.

V.

El capitán del buque dejó en el camarote á Isabel y á su esposo.

—Alonso—dijo Isabel—la Providencia ha querido reunirnos al fin.

Alonso acercándose al paje, cogiéndole de la mano, y llevándole á un sitio del camarote donde penetraba la claridad de la luna

—¡Isabel!...—exclamó de pronto:—tú aquí y en ese traje!...

—¡Me has reconocido!...

—¿Qué es esto!... cómo te encuentras aquí?

—No te lo dice tu conciencia?

—Saben quién eres?

—Una sola persona lo sabe.

—Colon tal vez?

—No te has engañado.

VI.

Ha hecho ya un año,—añadió el falso page,—que resuelta á vengarme de las infamias que conmigo has cometido, tomé este mismo trage, resuelta á perseguirte y á morir á tus manos ó á castigar tu ingratitud.

El hombre generoso que te admitió en su compañía, te recordó los deberes que habias olvidado y accediste á santificar el lazo que hasta entonces nos habia unido, ofreciendo volver para no separarte mas de mí.

Pasó el tiempo; regresó Colon; sé tu historia desde el momento en que le abandonaste, para vender tu brazo á los enemigos de tu patria.

—Isabel!...

—Es inútil que quieras sincerarte. Te conozco, y sé que cuantos esfuerzos hiciera para despertar en tu corazon aquel amor que me ofreciste un dia, y que fué poderoso para arrancarme de los brazos del deber y arrojarme en los tuyos, que han sido y son los de mi desgracia, serian inútiles.

Faltaste á tu palabra, y al anunciarse una nueva expedicion á estas lejanas tierras, busqué los medios de formar parte de la servidumbre del almirante sin que él me conociera, para venir aquí á buscarte.

VII.

—Yo he sido;—añadió Isabel con vehemencia,—yo he sido quien ha descubierto tu infame traición! yo quien en las crispadas manos de un cadáver he hallado el testimonio de tu infamia!... He podido muy bien aprovecharme de las cadenas que te ligaban hace un instante para clavar un puñal en tu pecho hiriendo al mismo tiempo el mio... Ya has visto que he sido generosa, que he preferido perdonarte, pero con una condicion.

Los dos tenemos que cumplir una sagrada deuda de gratitud. Yo te perdono; yo olvidaré tus promesas; yo buscaré en la muerte el alivio á mis amarguras; no te exigiré cuenta del pasado... pero todo esto á condicion de que has de revelar á nuestro protector cuanto sabes acerca de los indios, cuanto pueda contribuir á su triunfo.

Si tal haces, hallarás el perdon; aun podrás conseguir honores y riquezas.

Sé que me odias; sé que te estorba mi presencia en el mundo... yo te ofrezco poner fin á mis dias, cuando despues de haber conquistado nuestros hermanos este país, partas tú victorioso á España á recoger el premio de tus servicios.

Aquella resolucion dictada por el despecho, por el dolor, y al mismo tiempo por la gratitud que sentia hácia Colon, produjo asombro primero, y mas tarde admiracion en el empedernido corazon de Alonso Velez.

VIII.

—Me juzgas mal—le dijo—pero no quiero probártelo con palabras, sino con hechos.

Tan distinto de lo que crees es mi modo de pensar, que yo te ofrezco hacer una completa revelacion de cuanto sé al almirante; facilitarle los medios de conseguir su propósito, y cuando vuelva á España volver contigo para vivir siempre á tu lado y resarcirte, satisfecha mi sed de oro, de los tormentos que mi pobreza, no mi corazon, te ha hecho sufrir.

Yo te lo juro por lo mas sagrado.

Este es hoy mi único deseo, pero no creas mis palabras. Aguarda á mis actos; vé á decir á Colon que estoy dispuesto á hacerle toda clase de revelaciones.

—Yo no volveré á verte, dijo Isabel, hasta estar convencida de que tu resolucion no es hija de una nueva intriga. El secreto de mi existencia quedará entre los dos.

IX.

Partió Isabel y al dia siguiente manifestó Colon á los capitanes que habia celebrado una conferencia con Alonso Velez, que se habia convencido en ella de que todos sus actos habian sido inspirados por el fin de conocer á fondo la vida de los indios, y poder dar ámplia idea de ella á los capitanes de las nuevas expediciones que fueran á la India.

A petición de Alonso Velez fué el padre Boil á bordo, se confesó con él y cambiada por completo la impresion que habia producido al principio, todos se aprestaron á escuchar su revelacion.

X.

Urgia el tiempo y aquella misma noche dispuso Colon que fuese á su morada, Alonso Velez y en presencia de todos los capitanes satisfizo la curiosidad que en todos despertaba, la actitud que guardaban los indios respecto de los españoles, sus costumbres, su modo de ser, todo lo que les concernia.

—Los indios que habitan esta isla,—dijo Alonso Velez comenzando su relato,—no se parecen todos á los que conocimos al principio, cuando desembarcamos en el puerto de la Navidad.

Tampoco los otros cuatro reyes que dominan con Guacanajari los cinco departamentos en que está dividido el reino, poseen la dulzura de carácter del primer soberano con quien habeis tratado.

Marien, el territorio de Guacanajari, hoy desierto, era la mansion de la paz. Las escursiones hechas de tiempo en tiempo por los caribes para saquear la isla, han acostumbrado á sus habitantes al manejo de las armas, y especialmente las tribus de las costas mas próximas á las islas caribes, están compuestas de guerreros.

Los mas temidos de todos son los de Caonabo.

XI.

Caonabo es el rey del departamento de las minas, es el caudillo más temido y más respetado.

Desde que está en Haiti han cesado las invasiones de los caribes.

El mismo había nacido en Cibuqueira; era caribe de origen, llegó á Maguana en una de sus expediciones; se internó en la provincia de Xaragua y en aquella tierra fértil, cubierta de aldeas, las más civilizadas de la isla, encontró á Anacaona, hermana del cacique Boechio que, prendada de su hermosura, le hizo su esposo y se quedó en la isla ofreciendo defender á todos sus habitantes de las invasiones de los caribes.

La fama de su valor los alejó de la isla para siempre, y no hay un solo haitiano que no tema la presencia del cacique, y que no le profese al mismo tiempo una verdadera idolatría.

XII.

—¿Luego Caonabo,—dijo Colon,—es el cacique principal?

—No,—repuso Alonso Velez;—el verdadero rey hereditario es Guacanajari; él es el heredero de Vagoniana, la diosa á que, segun los indios, deben todos la vida.

—Pero tienen los indios religion?—preguntó el padre Boil.

—Si, padre, si; creen en un supremo nùmen, inmortal, omnipotente, é invisible, que habita el cielo y para comunicarse con él, tienen intermediarios á los que llaman Tzimes ó Zemis.

XIII.

Los Tzimes son dioses inferiores, de los cuales posee uno cada cacique tallado en madera ó piedra, ó formado de barro, de figura monstruosa y repugnante, á los que invocan como á un dios tutelar y le consultan en todas sus empresas.

Cada familia posee tambien un Tzimes entallado en sus muebles, ó formado de pequeño tamaño, con barro ó madera y los que son así los ponen en la frente cuando van á luchar.

Estos son sus ídolos, y lo único que temen es que se los arrebaten. Desde el momento en que llegamos á la isla los ocultaron para que no pudiéramos quitárselos.

En su concepto la influencia de los Tzimes produce la abundancia ó la escasez de los productos de la tierra. Ocasionan los huracanes, las tempestades, los truenos, cuando están indignados, y las brisas las templadas lluvias cuando están satisfechos. Todo cuanto consiguen los indios creen debérselo al Tzimes.

XIV.

—Pero tambien tienen sacerdotes? dijo Colon recordando á los butios.

—Si; ellos y los caciques son los que se comunican con los Tzimes. Sus ceremonias religiosas se reducen á ayunos y abluciones. Además beben un brevaje hecho con cierta yerba que los produce embriagadores ensueños. En esta situacion es, segun ellos, cuando los ídolos les revelan lo que ha de suceder en el porvenir, ó les indican los medios de curar las enfermedades que aflijen á sus hermanos.

—Segun eso conocen las virtudes de las plantas?

—En alto grado; con ellas curan todas las enfermedades, y en los casos más graves quemán teas en la morada de los enfermos, juzgando cuando recobran la vida que han logrado arrojar su enfermedad envuelta en el humo á las profundidades del mar.

XV.

—Y esos adornos de colores que llevan en el cuerpo?

—Son las figuras de los Tzimes.

—Y no habeis asistido á alguna ceremonia religiosa á la que acuden todos los habitantes de una poblacion?

—He asistido á varias. El cacique señala un dia para celebrar la fiesta en honor de su Tzimes.

Entonces acuden los indios y forman una procesion solemne.

Las jóvenes indias van completamente desnudas; los ancianos ostentan sus mejores adornos; el cacique avanza al frente de la comitiva tocando una especie

de tambor, siguen detrás los indios hasta llegar á la casa sagrada en la que todos han reunido las imágenes de su tzimes y en donde se halla el tzimes del cacique.

En la puerta se detiene el cacique y toca el tambor en tanto que los que forman la procesion entran cantando y bailando á su manera.

Los butios salen á esperarlos ; reciben las ofrendas que las vírgenes llevan en canastillas y para darles gracias prorumpen en descompasados gritos.

Entran los parientes llevando grandes tortas de maiz que los butios reparten entre todos los cabezas de familia y los pedazos se conservan todo el año como preservativo de calamidades.

Las mujeres cantan himnos en honor de los tzimes ó recuerdan las hazañas de sus antepasados.

Unidos todos al final piden á sus númenes tutelares que protejan su pátria y su vida, y saliendo de la casa sagrada cantan y bailan hasta que llega la noche y se dispersan.

XVI.

Además de los tzimes posée cada cacique tres ídolos, talismanes de piedra muy venerados, cada uno de los cuales tiene diferente influencia.

Uno de ellos produce el sol ó la lluvia á medida que los necesitan; el otro ahorra los dolores de parto y el último influye en la abundancia de las cosechas. (II)

XVIII.

—Y qué ideas tienen acerca de la creación?

—En su concepto la isla de Haiti ha sido creada antes que las demás, y no tienen la menor duda de que el sol y la luna han salido de una de las cavernas de Cazibaxagua para alumbrar al mundo.

Yo he visto esa caverna y tiene más de cincuenta piés de profundidad, pero es sumamente estrecha.

Solo recibe luz por la boca y tiene un agujero por donde creen que sale el sol y la luna á ocupar el puesto que tiene en el cielo.

En las paredes, formadas por piedras, hay talladas figuras de tzimes y todos los indios veneran mucho la caverna.

Siempre que necesitan pedir á sus dioses dias de sol ó abundantes lluvias van los indios en peregrinacion á la caverna y depositan en ella frutos y flores que constituyen su principal adorno.

XIX.

—Y acerca de los hombres, qué ideas tienen?

—Suponen que han salido de otra caverna las criaturas. Los hombres corpulentos por una gran abertura y los enanos por un pequeño agujero que hay en ella.

Me han contado, que en los primeros tiempos, vivieron sin mujeres hasta que acercándose á un lago

vieron en las ramas de los árboles unas hojas que más tarde conocieron que eran mujeres.

Y Alonso Velez refirió lo que ya he indicado en otro capítulo acerca de la conquista de cuatro hembras, con cuyo motivo pudo poblarse la India.

XX.

No se olvidó tampoco de lo que he referido acerca del protegido de Vagoniana, que habiendo salido una noche de la caverna donde se guarecían los hombres, se vió sorprendido por los primeros rayos y convertido en pájaro, añadiendo que todos los años en la época en que sufrió la transformación, recorre los aires de Haiti lamentando su desgracia con dolorosos trinos.

XXI.

Tambien tenían noticias del Diluvio Universal.

Decían que habia habido en la isla un poderoso cacique que habia muerto á su hijo por haber conspirado contra él, que reunió y limpió sus huesos y los depositó en una calabaza para conservarlos, con arreglo á la costumbre que tenían los indios para guardar las reliquias de sus deudos.

Andando el tiempo, el cacique y su esposa rompieron la calabaza para ver los restos de su hijo, y su asombro fué inmenso al ver en ella grandes y pequeños peces de varias clases.

XXII.

Volvió á tajarla el cacique, y colocándola sobre el techo de su choza, se vanaglorió de que tenia el mar encerrado en ella.

Cuatro hermanos gemelos, poseidos de viva curiosidad porque habian oido hablar de aquel prodigio, aprovecharon una ausencia del cacique, y apoderándose de la calabaza quisieron ver lo que contenia.

Al pasar de manos de uno á las del otro, se cayó al suelo y brotó de ella un inmenso torrente con tiburones, delfines, ballenas y toda clase de peces, extendiéndose el agua hasta anegar la tierra, sin dejar mas que las cumbres de las montañas.

Tal era la idea que tenian del Océano y de las islas que se levantaban en su seno.

XXIII.

—Pero carecen de historia?—preguntó Colon á Alonso Velez.—No habeis oido nada acerca de los acontecimientos que han tenido lugar en la isla, no tienen pergaminos, libros, algo que ayude á la tradicion hablada?

—Si por cierto; poseen unas madejas de hilo que se llaman guipos y por medio de nudos hechos en ellos conservan los butios el recuerdo de los principales acontecimientos de su historia.

La diversidad de colores, la hechura de los nudos,

el grosor de los hilos son para ellos lo mismo que las letras para nosotros ó tal vez lo que las palabras para nosotros.

Otra cosa curiosa he notado,—añadió Alonso Velez.—Sus prácticas para con los muertos y los agonizantes son en extremo originales.

XXIV.

Cuando el cacique está enfermo y se pierden las esperanzas de salvarle, sus más adictos amigos, sus parientes, le ahogan.

—¿Le ahogan?—exclamaron todos,—¿con qué objeto?

—Es una prueba de consideracion. Le ahogan, para que no muera como las gentes vulgares.

Cuando un indio cualquiera está próximo á morir le colocan en su hamaca y le ponen á la cabecera manjares y agua para que muera tranquilo en la soledad.

Algunos conducen los enfermos á la presencia del cacique, y como una inmensa gracia le piden que les consienta ahogarlos.

Cuando el cacique ejerce su prerogativa en este sentido, es inmensa la alegría de los parientes del finado.

XXV.

—Y los entierran?

—Sí, pero á los caciques después de muertos los

embalsaman de cierto modo. Abren su cuerpo, le secan al fuego y los conservan.

De otros no guardan más que la cabeza ó algunos miembros.

Sus cementerios son las cavernas, en ellas arrojan el cadáver con una calabaza de agua y un pan, otros los queman en su misma choza.

XXVI.

—Y respecto de la inteligencia, ¿cuáles son sus nociones?

—Crean en el espíritu y la materia, pero confundidos uno en otra; piensan que los espíritus de los muertos se aparecen por las noches ó de día en parajes solitarios en actitud amenazadora; por no encontrar á estos aparecidos no van solos los indios á los parajes retirados.

Tambien conocen las acciones del premio y el castigo.

XXVII.

—Y cuál es su organizacion política?

—Dividida la isla en cinco departamentos, Guacanajari es el soberano, el rey de los reyes. Los otros cuatro caciques tienen á sus órdenes otros caciques inferiores, jefes cada cual de una tribu siempre dispuesta á pelear cuando sus jefes les llamen al combate, ó á labrar los campos, ó cultivar las tierras en los dias de paz.

El baile es uno de sus más queridos placeres; es á la vez un rito, que entraña en las figuras y en los movimientos de los bailarines, una gran parte de los sucesos de su historia, de sus empresas, de sus cacerías, de sus batallas, de sus esperanzas, de sus deseos. (J.)

Uno de los motivos, añadió Alonso Velez, de la buena acogida que nos han dispensado, ha sido los regalos de cascabeles que les hemos hecho. Colocándoselos al cuello, en las muñecas y en la cintura, se consideran muy felices al oír el sonido que producen obedeciendo á sus movimientos.

XXVIII.

Por lo demás, añadió: la indolencia en que viven, puede ser favorable á las empresas que aquí nos han traído.

Nada codician, nada desean más que vivir en paz.

Todo trabajo les molesta y es bien escaso el tiempo que emplean en cultivar la yuca, la patata y el maiz, que son sus principales alimentos, á los que añaden la utia y el guanano; algunos peces y los frutos espontáneos de sus bosques.

XXIX.

Todas estas noticias interesaron vivamente á los que oían á Alonso Velez, y de buen grado le perdonaron los delitos que habia cometido para poder proporcionárselas.

Pero aquellos datos locales no bastaban,—por más que fuesen importantes,—para satisfacer su curiosidad acerca de la actitud en que estaban los indios respecto de ellos.

—¿Qué es lo que ha sucedido á Guacanajari? le preguntó Colón; ¿cuáles son los proyectos de Caonabo y de los demás jefes de la isla?

Ampliemos la respuesta de Alonso Velez.

XVIII

XIX

Capítulo LXIV.

Lo que había pasado en Haiti.

I.

Catalina, ó Flor de Palma, como la hemos llamado, con aquellas de sus compañeras que pudieron salvarse de la persecucion de los marineros, llegó al sitio donde estaba la luz y allí encontró á Guacanajari que la esperaba.

II.

Hechas las paces con Caonabo, dominado por los butios, Guacanajari no tenia más remedio que faltar á los juramentos que habia hecho á Colon uniéndose á las demás tribus de la isla, para oponer un formal obstáculo á los deseos de los extranjeros, vengar los ultrajes que les habian hecho, y sobre todo conseguir

la realización del deseo que tanto de él como de los demás caciques se había apoderado; poseer las embarcaciones de Colon, hacerse dueños de los caballos, de las aves, de los demás objetos que habían llevado á la isla.

III.

Caonabo había concebido la idea de destruir á los nuevos soldados de Colon, como había destruido á los que ocupaban la fortaleza de la Navidad.

Guacanajari con todos sus vasallos, al dejar abandonada á Marien, se refugió en el territorio de Caonabo, y presentando á Flor de Palma, como la reina de Boriquen, la hizo su esposa y la confió á los cuidados y á la amistad de Anacaona la reina de Xaragua, esposa del terrible cacique del Citao.

IV.

Anacaona, cuyo nombre quiere decir *Flor de Oro*, era una de las más hermosas indias; tan dulce y cariñosa en la paz, como valerosa y ardiente en la guerra.

Con sus cánticos inspirados, entusiasmaba á los guerreros durante la batalla, y en las horas de descanso les refería los acontecimientos de su historia, las desgracias de su pueblo y la vida de sus reyes.

V.

No ha habido un solo historiador de las cosas de

América, que no haya tratado con el mayor respeto y consideracion á esta mujer privilegiada.

Hermana de Boechio, trascurrieron sus primeros años en las orillas del lago de Xaragua, que comienza á dos leguas del mar, cerca de la ciudad de Maguana, y que en algunos sitios tiene más de tres leguas de ancho y diez y ocho de largo.

VI.

Aquella parte de Haiti, era la más fértil, y se hallaba cubierta de aldeas y poblaciones las más civilizadas de la isla.

Todos los naturales de ella estaban bien formados.

Su color era moreno claro.

Sus ojos espresivos.

Su fisonomía risueña y cándida.

Sus cabellos eran negros.

Las mujeres llevaban la cabellera flotando al aire, y los hombres formaban con ella una especie de lazo encima de la cabeza.

Las mujeres casadas usaban una especie de túnica tejida con hilos de algodón, heniquen, coco, majagua, ó con plumas de ave, que cubria sus rodillas.

Las vírgenes iban completamente desnudas.

Ornaban su cabeza con piedras de color, láminas de oro y plumas de guaraguas, tocororos, y águilas blancas.

VII.

En aquel hermoso país, se mecían en las ramas de los árboles el sinsonte, el ruiseñor y el tomejin, pequeño pájaro de verduzco color con collar amarillo.

Todo era encantador en aquellas regiones.

En los primeros albores de su juventud, se había visto Anacaona aclamada como reina por los habitantes de aquella comarca.

Los caribes habían invadido como tenían de costumbre aquella parte de su isla.

El padre de Anacaona con sus guerreros había salido á su encuentro.

La batalla había sido muy terrible.

El rey había caído herido al golpe de una flecha envenenada.

VIII.

En sus últimos momentos Caonabo, jefe de los caribes, que había visto á Anacaona, y se había prendado de su hermosura, le pidió su bendición para hacerla su esposa y le ofreció quedar al frente de las tribus de Xaragua, luchar contra sus propios hermanos para defenderlas y hacer la felicidad de Anacaona.

El anciano caudillo mandó llamar á su hija.

Al distinguirla cerca de sí, le tendió sus temblorosas manos, y con voz moribunda:

IX.

—Anacaona,—le dijo—voy á morir. Antes de que el sol esconda su frente en el ocaso habrás quedado huérfana y serás cacique del Cibao; pero al morir dejo á tu lado un protector.

Caonabo, el valiente caudillo de los caribes, prendado de tu hermosura aspira á ser tu esposo y yo bendigo vuestra union.

El te defenderá y defenderá á tus vasallos de sus enemigos.

Ven, hija mia, ven; que pueda unir tu mano á la suya antes de exhalar el último suspiro.

X.

El anciano unió las manos del guerrero y de Anacaona.

La muerte puso su helado dedo sobre la frente del anciano y ante su misma tumba fueron unidos Caonabo y Anacaona.

Las invasiones de los caribes cesaron, la paz reinó en Haiti y Guacanajari rey de los reyes, sintió un inmenso afecto hácia su gran cacique Caonabo porque habia llevado el ramo de oliva á su territorio.

Del uno al otro confin de la isla reinaba la alegría en todos los hogares.

XI.

Entregados á la molicie los indios veian resbalar las apacibles horas de su vida, regalados siempre con sabrosos frutos por la naturaleza y consagrados á sus ceremonias religiosas y á sus alegres danzas.

La llegada de los europeos les pareció al pronto el complemento de su felicidad.

No habia duda ; aquellos hombres que bajaban del cielo á visitarlos, aumentaban su ventura con los ricos presentes que les ofrecian , con las preciosas y nuevas dádivas que les habian hecho.

XII.

Pero bien pronto conocieron todos los caciques, excepto su rey Guacanajari, que no eran, que no podian ser enviados del cielo aquellos hombres que se apoderaban de su oro , que mancillaban su hogar y asesinaban á sus hermanos.

Caonabo fué el primero que resolvió tomar venganza de ellos , esterminarlos, y ya hemos visto lo que habia conseguido.

XIII.

Guacanajari, sin embargo, menos desconfiado que el cacique , quiso cumplir el juramento que habia hecho á Colon, y por la primera vez entónces estalló la guerra civil en el seno de la isla.

¡Caonabo y Guacanajari luchando por los españoles!

¡Quién lo hubiera creído!

¡Los dos amigos, los dos hermanos!

XIV.

Esta consideracion aumentaba la ira de Caonabo.

Su indignacion, su encono, produjo el esterminio de la fortaleza de la Navidad, la hecatombe de los españoles que en ella se albergaban.

Pero aún no estaba satisfecho.

XV.

Alonso Velez que con sus malas artes habia logrado la proteccion de Caonabo le habia dicho:

—«No te duermas sobre tus la ureles. En breve volverán de lejanos paises los enviados de los reyes de España con numerosas embarcaciones, muchos soldados y máquinas de guerra; su objeto no es otro que apoderarse de la isla y convertiros en esclavos suyos.

»No contentos aún os arrebatarán todo el oro que en sus entrañas encierran las montañas del Cibao, y cuando hayan saqueado el país y hayan convertido en escombros sus casas y en cenizas sus bosques os abandonarán para siempre hasta que perezcais sobre las ruinas llevando al cuello el dogal de la esclavitud.»

XVI.

Caonabo había dado crédito á este vaticinio y había tomado sus medidas para que en toda la extensión de la costa hubiera espías que acechasen la llegada de las embarcaciones europeas y le diesen aviso.

Al mismo tiempo había conyocado á todos sus compatriotas, les había comunicado los proyectos que Alonso Velez atribuía á sus compatriotas, había encendido en su pecho la sed de venganza y aguardaba con febril ansiedad la hora del combate.

XVII.

En vano procuraba Anacaona apaciguar su inquietud.

En vano Iguanamota, su amada hija, rodeaba el nervudo cuello de su padre con sus brazos.

—El extranjero vuelve, gritaron los espías llegando á su encuentro.

XVIII.

Caonabo supo que Guacanajari les había dispensado una benévola acogida; que había ido á visitar sus buques, y que estaba resuelto á defenderlos de Caonabo y de los demás caciques.

Entonces fué, cuando en presencia de Anacaona,

llamando en torno suyos á Boechin, á Guarionex y Gayacoa, les habló del inmenso peligro que corría su libertad, y de la necesidad que tenían de sacrificar su vida si era preciso en defensa de su patria.

XIX

XIX.

—Guacanajari es nuestro mayor enemigo, añadió, ampara á los europeos, y en prueba de su amistad luchará con nosotros. ¡Qué Vagoniana nos perdone!

—Es imposible, exclamó Anacaona; es imposible que vuelva á regar las llanuras de Haití la sangre de los indios vertida por las flechas de nuestros hermanos.

Tu flecha, Caonabo, ha herido ya á tu rey; podrías matarle, y el que atenta á los herederos de Vagoniana es maldito.

Antes de luchar con Guacanajari ofrecedle la paz, advertidle el peligro que corre, disipad de sus ojos las tinieblas que le rodean. Que conozca la verdad y se colocará á vuestro lado.

—No abrigo otro deseo, dijo Caonabo, pero con sus condescendencias y sus bondades, está fraguando la cadena de nuestra esclavitud.

XX.

En aquel mismo momento enviaron los caciques coaligados un emisario.

Ainaibac, el gran butio de Guacanajari, fué en-

cargado de inculcar en el ánimo del rey de Haiti la verdad, predisponiéndole á la paz.

Lo que entonces pasó, ya lo saben mis lectores.

XXI.

Con las declaraciones del butio coincidieron las revelaciones que Flor de Palma hizo á Guacanajari.

Coincidió tambien el deseo que concibió el monarca de hacer su esposa á la destronada reina de Boriquen.

Guacanajari dejó de ser leal á Colon.

Abandonó á Marien dispuesto á reforzar con sus vasallos las huestes de sus caciques, y á defender á toda costa la independendencia de su isla.

XXII.

Flor de Palma se habia apoderado de su corazon, y habia sembrado en él el sentimiento de la venganza.

Unidos todos los haitianos, resueltos á destruir á los europeos, Boechio y Guarionex, más cautos y ménos impetuosos que Caonabo, convinieron en que más que ir á buscar á los españoles, en que más que ir á combatirlos á la colonia que habian fundado, les convenia tenderles un lazo, mostrarse pacíficos y benévolos con ellos, dejarlos recorrer libremente los departamentos de la isla, excitar su codicia para que fueran al Cibao, y reunidas allí todas las fuerzas,

cuando se creyeran sólo y dueños del terreno, cayeran sobre ellos como la tempestad.

XXIII.

Tal era su actitud; tal su esperanza; tal su más vehemente aspiración cuando Alonso Velez, su cómplice y espía, cayó en poder de los españoles.

Los indios que le acompañaban corrieron á anunciar á Caonabo que Alonso Velez habia perecido á manos de los extranjeros.

Supo tambien que habian establecido una fortaleza cerca de sus dominios.

XXIV.

Ya no había duda.

Los españoles iban resueltos á luchar con ellos y á vencer.

Era necesario esperarlos acecharlos y exterminarlos pronto.

Mientras que Guacanajari lloraba sus desdichas y calmaba su aflicción en los brazos de Flor de Palma, Guarionex y Boechio tenían que contener los ímpetus de Caonabo y Guayacoa, y estos á su vez, dominaban, no sin trabajo, la impaciencia de Umatec, jefe de los ciguayos, que ardía en deseos de dirigir sus flechas impregnadas en guao, al pecho de los enemigos.

El momento de la lucha se aproximaba.

¡Qué escenas iba á presenciar aquella tierra virgen de las pasiones de los hombres!

XVIII.

Tal era su actitud; tal su esperanza; tal su mira-
vehemente aspiración cuando Alonso Veléz, su com-
plice y espía, cayó en poder de los agguoles.

Capítulo LXV.

Nuevos apuros.

XIX.

I.

La narración de Alonso Veléz en su primera
parte, es decir, en lo relativo á los usos y costum-
bres de los indios había interesado vivamente á los
españoles, y en gracia de aquellas noticias le perdo-
naban su traición.

Pero las últimas, las que se referían á la actitud
belicosa de los indios, por más que todos fuesen va-
lerosos, al contarse, al ver el reducido número de
hombres que formaban y la deplorable situación en
que vivían, no podían ménos de entrever su tumba al
final de aquella arriesgada expedición.

II.

Colón que aún no tenía entera confianza en los

propósitos de Alonso Velez, despues de hacerle vestir á la europea, le destinó á una de las carabelas para tenerle asi en observacion; y temeroso de que pudiera descubrir la verdad, vigiló muy de cerca á Isabel mandándola terminantemente que hasta que dispusiera su regreso á España no volviese á ver á su marido.

III.

En vista de la difícil posicion en que se hallaba respecto de los indios, y lo que era peor, respecto de los españoles para salvar las dificultades se vió obligado á tomar medidas extraordinarias.

Nada más fértil que aquella tierra que rodeaba la colonia de la Isabela.

En breve tiempo habian producido frutos las semillas que en ella habian arrojado los españoles.

La caña dulce se propagaba de una manera maravillosa.

Las viñas del país cultivadas á la europea, habian modificado grandemente el sabor de sus frutos.

A fines de marzo presentó al almirante un labrador, doradas espigas de trigo, que se habian sembrado á fines de enero.

Doce ó catorce dias bastaban para sazonar las hortalizas.

Aquella tierra poseía una fertilidad que maravillaba á los extranjeros.

IV. Pero estas condiciones tan benéficas para las tierras, eran causa del desarrollo de enfermedades peligrosas para los que vivían bajo la influencia de aquel clima.

Casi todos estaban atacados de fiebres intermitentes, y algunos experimentaban los síntomas dolorosos de una enfermedad nueva para los europeos entónces, producto de los excesos á que se entregaban y castigo de los atentados que cometían ultrajando la honra de las esposas y los padres.

A estas complicaciones se unieron otras de mayor trascendencia.

V. Las medicinas se acabaron.

Los viveres escaseaban porque se habían corrompido con la humedad.

Por otra parte, los extranjeros no podían acostumbrarse á los alimentos del país.

Cuando estaban enfermos, y muchos de ellos aparentaban más mal del que tenían, exigían á toda costa provisiones de las que se habían llevado, y en aquel duro trance aunque recurriendo á las que se habían deteriorado, dispuso el almirante poner á todos los colonos á media ración.

Esto fué origen de nuevos disturbios.

VI.

El padre Boil, cuyo carácter turbulento no podía contenerse fué el primero que estalló.

Al ir á recoger un eclesiástico las provisiones para él y los demás misioneros que vivian en comunidad, el proveedor, poniendo en práctica las órdenes que habia recibido, los igualó á los demás colonos.

El misionero encargado de recoger las provisiones, protestó desde luego y se negó á aceptar los víveres.

Corrió á participar al padre Boil lo que habia pasado, y el eclesiástico furioso se presentó á Colon increpándole por haberle igualado á las demás clases de la colonia.

El almirante, impulsado por la justicia y la equidad, obligó al padre Boil y á los demás misioneros á que se conformaran con la suerte que estaba reservada á todos los colonos.

VIII.

Al poco tiempo se acabó la harina; no era posible moler el trigo más que á mano, y se hizo de todo punto necesario la inmediata fabricacion de un molino.

Pero como gran parte de los trabajadores estaban enfermos, fué necesario recurrir á todas las personas, cualquiera que fuese su categoría, con tal de que go-

zasen de buena salud, á fin de que ayudaran á los operarios en sus tareas.

VIII.

Colón dió orden lo mismo á los hidalgos que á los pecheros para que trabajasen.

Esta medida irritó profundamente á aquellos de sus compañeros que habian nacido en noble cuna, y se negaron rotundamente á obedecerla.

La actitud que tomaron en frente de Colón, obligó al almirante á ser enérgico; arrestó á algunos nobles rebeldes, y como vieron estos, que tenia á su lado á los soldados, operarios y marineros en mayor número que ellos, aunque á pesar suyo, tuvieron que doblegarse.

Pero comenzaron á alimentar en su alma un profundo rencor hacía el almirante, y más tarde, cuando pudieron dar cuenta en España de los humillantes servicios que habia exigido de ellos Colón, propagaron su encono contra él en su familia, y contribuyeron á formar la tormenta que empezaba á desencadenarse sobre sus cabezas, y que debia más tarde herirles con sus tremendos rayos.

IX.

Allí mismo, casi á su lado, sin temor de que les oyera, murmuraban de él, le acusaban de ser un extranjero arrogante, recordaban que habia pedido li-

mosi en España, que se había levantado del polvo, y el infeliz tenía que sufrir un martirio horrible, porque al paso que los nobles le calumniaban de aquel modo, veía acabarse las provisiones por momentos, y no sabía qué hacer en tan terrible situación.

Para complemento de sus desgracias, llegó un mensajero de Pedro Margarite, gobernador del fuerte de Santo Tomás, á comunicarle la triste noticia de que los indios de los alrededores de la fortaleza se habían manifestado hostiles, habían abandonado sus cabañas y evitaban todo género de relaciones con los europeos.

Además refirió que Caonabo congregaba misteriosamente á sus guerreros, y hacia sus preparativos para atacar á la fortaleza.

Estas noticias eran ciertas. Pero lo que ocultaba el gobernador al almirante, eran sus causas.

Los españoles apenas se habían visto lejos de Colon, se habían entregado á toda clase de excesos.

Habian entrado en las chozas de los indios, les habian arrebatado todos sus frutos, se habian apoderado del oro de sus rios, habian ultrajado á sus mujeres y habian concitado contra ellos el odio que

fermentaba en el corazón de Caonabo, y que él tramitaba, no sólo al de los otros caciques, sino al de todos los naturales del país.

XII.

Acto continuo envió á Margarite un refuerzo de veinte soldados y algunas provisiones, y dispuso que treinta hombres continuasen y mejorasen el camino que habia empezado á trazar, entre la colonia y la fortaleza.

No bastaba esta medida.

El desaliento de los pobladores de la Isabela aumentaba.

Las provisiones disminuian.

La ansiedad de Colón era inmensa.

Sólo distraiendo el ánimo de los colonos, empeñándolos en nuevas luchas, enviándolos á realizar nuevos descubrimientos, podria conjurarse la tormenta, acostumarles al clima y realizar su propósito para tener derecho de pedir nuevos refuerzos y nuevos elementos de vida á la corte de España.

Para emprender viajes de exploracion necesitaba ante todo pacificar la colonia.

XIII.

Divididas las fuerzas con que contaba, pudo dirigir las á distintos puntos de la isla, hacer que visi-

tasen á los caciques y desarrollar ante sus ojos con grande apariencia las fuerzas que poseía.

Partiendo de este deseo, utilizó todos los hombres que se hallaban en buenas condiciones de salud, y les dió armas y reunió un ejército de doscientos cincuenta ballesteros, ciento diez arcabuces, diez y seis ginetes y veinte oficiales.

El mando general de estas tropas lo dió Colón á Pedro Margarite, noble caballero santiagués, que le inspiraba la mayor confianza.

XIV.

Ojeda recibió el encargo de conducir el ejército hasta la fortaleza de Santo Tomás, y la orden de continuar al mando de él mientras que Margarite, dividiendo sus fuerzas, recorría el departamento del Cibao y la parte de la isla que aún no había visitado.

Esto produjo alguna confusion, y aprovechándose de ella el almirante, en un momento de tregua escribió á Margarite las instrucciones que debería observar para salir adelante con su empresa.

XV.

Encargábale gran respeto á la justicia al tratar con los indios, con el objeto de alcanzar su amistad.

Mandábale que comprase las provisiones que ne-

cesitase para el ejército en presencia del contador que le enviaba. Disponía que si los indios se negaban á vender provisiones, les obligase á ello con suavidad y atemperando el rigor de la fuerza á la necesidad de no romper las hostilidades.

Prohibíale que consintiese tráfico alguno entre los indios y dos españoles, y le recordaba que los reyes de España más que la riqueza de su corona, deseaban la conversión á la fé de los indios.

Respecto á los españoles, le encargaba la observancia de la más rigurosa disciplina.

Todo desorden, toda rebeldía debía ser castigada con la mayor severidad. En vano unia Colon al génio el sentimiento de la equidad y la justicia.

En vano dictaba á los que debían servirle de instrumento las medidas más á propósito para evitar la efusion de sangre, para atraer hácia los españoles el afecto de los indios, para dominar aquel vasto territorio con la influencia moral más que con la fuerza de las armas.

Margarite era soberbio como todos los que llegan fácilmente al poder, y bastaba que Colon le diese aquellas instrucciones para que creyese mucho mejores y más eficaces las contrarias.

Era de todo punto necesario apoderarse de Caona-

bo y de los otros caciques para sofocar los ímpetus de los indios acaudillados por ellos, y el almirante manifestó á Margarite lo que debería hacer para apoderarse de ellos.

XVII.

Partió el ejército á primeros de abril al mando de Alonso de Ojeda.

Este bizarro capitán supo al hallare en las orillas del rio del Oro, que tres españoles que habian salido del fuerte habian sido robados por los indios, y que el cacique, en vez de castigar á los suyos, habia tenido á bien compartir con ellos el botin, y por lo tanto les habia perdonado.

Apenas supo este suceso el capitán Ojeda, á pesar de las instrucciones que llevaba análogas á las de Margarites, fué con algunas tropas al punto donde estaban los indios que habian cometido aquella felonía, y apoderándose de uno de ellos mandó que inmediatamente le cortasen las orejas en la plaza pública; se apoderó del cacique y de dos parientes, y cargados de cadenas, con un destacamento de cuatro hombres, los envió al almirante, en tanto que continuaba con el ejército hácia la fortaleza.

XX
XVIII.

Otro cacique, condoliéndose de la suerte de sus compatriotas, y pensando que los beneficios que ha-

bia dispensado á los españoles, servirían para que se apiadase del cacique preso, llegó hasta donde estaba el almirante.

La reseña que por orden de Ojeda le hicieron los emisarios que le envió, impulsaron á Colon á desoir todo sentimiento de piedad, y á pesar de los ruegos del cacique indio, mandó que fuesen conducidos los prisioneros á la plaza pública de la colonia con las manos atadas á la espalda, y el pregonero anunciase su crimen, y que fuesen decapitados.

XIX.

Al dictar esta sentencia, observaba las leyes del país, puesto que nada se castigaba con tanta severidad en la isla entre los mismos indigenas como el robo.

Ellos que vivian siempre en paz, tenían tal horror al latrocinio que, aunque sus leyes en general eran suaves y templadas, el ladron sufría el castigo de ser empalado.

No fué, sin embargo, nunca el ánimo de Colon llevar la crueldad hasta el punto de que se ejecutara la sentencia que habia dictado.

XX.

Pero necesitaba atemorizar á los indios, adquirir ascendiente sobre ellos y con gran ceremonia dispuso que los suyos fuesen conducidos al sitio del suplicio.

Las plegarias y los ruegos de los caciques, la promesa suya de aceptar la responsabilidad de los nuevos crímenes que cometieran bastaron á excitar la piedad de Colon y perdonándoles les dejó en libertad.

Pero no bien habia concedido esta gracia cuando llegó un ginete desde la fortaleza á referir que al pasar por el pueblo del cacique cautivo habia encontrado cinco españoles en poder de los indios.

Dispuestos estaban á sacrificarlos, cuando al verlos á caballo se pusieron en fuga obligándoles á correr tras ellos y á herir á muchos con sus lanzas.

XXI.

Gracias á esto y al temor que inspiraban á los indios los caballos, pudo llevar el triunfo á los cinco españoles.

Todos estos sucesos demostraron más y más á Colon que no era su enemigo más terrible el amor á la independencia, el odio de los indios.

Peores adversarios, más terribles, mucho más crueles, eran el desaliento de los suyos, sus enfermedades, su codicia, sus malas pasiones, el rencor que le profesaban, y sobre todo la escasez de víveres que aumentaba por momentos.

XXII.

Confiando en que los capitanes á quienes habia encargado el mando del ejército y de la fortaleza,

cumplirían sus órdenes, se preparó á continuar los descubrimientos que habia ido á hacer en aquellas regiones.

Durante su ausencia, nombró una junta presidida por su hermano D. Diego con el concurso como vocales del padre Boil, de D. Pedro Fernandez Coronel, de D. Alonso Sanchez Carvajal y de D. Juan de Luján.

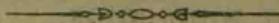
XXIII.

De las cinco embarcaciones que tenia dejó dos en el puerto.

En una prisionero á Bernal Diaz.

En otra confinado á Alonso Velez.

Con las tres restantes, que eran la *Santa Clara*, el *San Juan* y la *Cordera*, acompañado de varios marinos y de su servidumbre, se dió á la vela el 24 de Abril y tomó el rumbo del Occidente.



Capítulo LXVI.

Nuevo costeo de Cuba.

I.

Dejemos á Pedro Margarite intentando explorar el Cibao, y Alonso Velez mandando la fortaleza de Santo Tomás, que más tarde veremos las escenas en que uno y otro tomaron parte.

Sigamos á Colon que proyectaba, mientras sus capitanes exploraban aquella mansion del oro, no desengañado aún de sus ilusiones, intentando un viaje para descubrir el Cathay y los demás países del ostremo oriental del Asia que deseaba encontrar, porque tan magnífica pintura de ellos habia leído en los escritos de Marco Polo.

II.

Resolvió costear toda la isla de Cuba, desde el pa-

raje en dónde la habia abandonado en la primera expedicion, para explorar después el Sur.

Pasendo por Monte-Cristi, se detuvo en el puerto de la Navidad.

Uno de los indios que habian acompañado al cacique que tanto habia intercedido en favor de su compañero condenado á muerte, habia dicho á Diego el intérprete, que Guacanajari habia vuelto con los suyos al territorio de Marien.

III.

No podia acostumbrarse Colon á la idea del perjurio del rey de Haiti.

Atribuia su fuga á influencias de los otros caciques, y no dudaba que si podia tener una entrevista con él, volveria á reconquistar su amistad, más que nunca preciosa para él en aquellos momentos.

Ancló, pues, por lo tanto, en la fortaleza de la Navidad, y envió á Diego con algunos hombres á que ofreciese de su parte el perdon á Guacanajari, invitándole á que pasase á bordo para celebrar con él una entrevista.

IV.

Era cierto que Guacanajari, al saber que los españoles se habian establecido en la colonia de la Isabela, habia vuelto á su territorio y aliviaba sus penas con el amor de Flor de Palma.

Pero este lazo que le habia unido con la jóven india de Boriquen, debia ser el enemigo más formidable que tuviera su reconciliacion con el almirante.

Sintió en extremo Guacanajari haber vendido á aquellos hombres que tan bien le habian tratado, que tantos agasajos le habian hecho y que eran para él enviados del cielo.

V.

A estar sólo, la llegada de los buques al puerto, le hubiera hecho acudir enseguida á implorar gracia de Colon.

Pero Flor de Palma, que le dominaba por completo, apenas tuvo noticia de que se divisaban las carabelas:

—Vienen en busca nuestra,—le dijo,—es preciso que huyamos á donde están Caonabo y los valientes guerreros, que han de librarnos de la opresion de los españoles.

Guacanajari obedeció á su amada, y se retiró con los suyos, razon por la cual los enviados de Colon encontraron desiertas las aldeas de Marien.

VI.

Fué preciso renunciar á aquella esperanza, y continuar el viaje llegando el 29 de Abril al puerto de San Nicolás, desde donde descubrió el confin de

Cuba, que habia llamado en su anterior viaje, Alfa y Omega.

Los naturales del país le llamaban Bayatiquiri, y es el que hoy se conoce con el nombre de Punta Maysi.

VII.

Un canal de diez y ocho leguas de latitud abrió camino á las embarcaciones, y costeano el Sur de Cuba, llegaron las carabelas á un puerto cuya estension inspiró al almirante el nombre de Puerto Grande (J.)

A poca distancia descubrieron los marineros algunas chozas, y los hogares que despedían humo en varios sitios, indicaban que aquel país estaba poblado.

VIII.

Desembarcó Colón con algunos hombres y con su intérprete, se acercó á la choza, recorrió las orillas del lago y halló las habitaciones desiertas, los hogares abandonados.

Todos los indios habian huido al ver las carabelas, refugiándose en las montañas y en los bosques.

Sin duda alguna les habian sorprendido en el momento en que se preparaban á celebrar un festin, porque en las chozas sobre todo, habia ya preparados peces, utias y guanacos, que vinieron de perilla á los españoles cuyas provisiones, como ya he dicho, escaseaban en alto grado.

IX.

Después de saborear aquellos manjares, vieron en lo alto de una colina á una porcion de indios que los estaban observando, con el terror pintado en el rostro.

Colon dispuso que fueran á su encuentro, y apenas comenzaron á andar en aquella direccion, desaparecieron los indios como temerosos de que les cogieran.

Uno sólo que observaba las señas que le hacian los españoles, se detuvo.

Diego el intérprete se acercó á él, le manifestó en nombre de su amo que iban animados todos de las mejores intenciones, que les brindaban paz y amistad, y que si acudian á su encuentro les ofrecerian regalos preciosos.

X.

Esto bastó para que, apaciguado el temor de los naturales del país, acudiesen al lado de los españoles mostrando en sus maneras y en sus palabras, un carácter pacífico y tan afectuoso como el de los habitantes de Haiti.

Entonces supo Colon que los manjares que habian devorado sus compñeros estaban preparados para un banquete con que el cacique de aquella parte de la isla, se proponia obsequiar al jefe de otro departamento.

Animado por un espíritu de justicia y al mismo tiempo deseoso de dejar buenos recuerdos entre aquella gente les indemnizó con regalos de las pérdidas que el apetito de los españoles les había hecho sufrir y al separarse de ellos se despidieron de él con las mayores muestras de afabilidad.

XI.

El primero de mayo, prosiguieron las embarcaciones su viaje con rumbo al occidente, costeando un país de los mas pintorescos y viendo con placer que, los naturales del país acudian admirados á ver los buques y brindaban á los marinos las frutas y provisiones que tenian invitándoles á que desembarcasen.

Algunos mas atrevidos se acercaban á las embarcaciones en ligeras canoas y llevaban pan de cazabe, pescado y agua para ofrecerlo á los españoles.

En cambio de estos dones les regaló Colon casca-
beles y cuentas de abalorio dejándoles en extremo
agradecidos.

XII.

Siguiendo la costa llegó á una inmensa bahía de estrecha entrada, pero de anchuroso seno, sobre la que se levantaban por un lado elevadas montañas y por el otro se extendia una pradera salpicada de chozas y con campos tan bien cultivados, que parecian desde lejos huertas y jardines como los que tantas

veces habian visto los españoles en las ciudades árabes que conquistaban.

En él ancló Colon (K) siendo objeto de las mayores atenciones por parte de los indios.

XIII.

Animado por la buena acogida que le dispensaban y deseoso de realizar cuanto antes el propósito de su viaje, por medio del intérprete les preguntó si sabian dónde habia oro.

Todos le respondian indicándole al Sur una gran isla en donde aquel metal se hallaba en gran cantidad.

Lo mismo le habian dicho en el primer viaje, se confirmó mas y mas en que aquella era la isla de Babeque y, deseando explorarla, el dia 3 de mayo, siguiendo por el Occidente hasta un alto promontorio, viró al Sur, abandonó la costa de Cuba y siguió por alta mar el derrotero de la famosa isla.

Capítulo LXVII.

La Jamáica.

I.

La tierra de promision con que soñaba el almirante, debía ofrecerle un gran desengaño, y por desgracia siendo una de sus primeras conquistas debía verse más tarde en poder de otra nacion envidiosa de los descubrimientos de España y sedienta de poderío en todas las posesiones de allende el mar.

Aquella isla que muy en breve debía aparecerse á Colon como un nuevo Paraiso, con verdes y risueñas montañas, con praderas granosas y esmeradamente cultivadas, aquella isla respetada por los caribes, la más apartada de otras islas que habia en aquella parte del Océano era la Jamáica.

II.

Dos dias y dos noches tardaron en llegar las carabelas á la costa.

Al acercarse, multitud de canoas llenas de indios adornados con plumas de aves y embadurnados con pinturas simbólicas se adelantaron en actitud hostil hácia las embarcaciones de Colon; cerca de ellas prorumpieron en espantosos gritos, manifestaron su fiereza blandiendo lanzas de acana, y parecian resueltos á combatir á aquellos mónstruos que se les presentaban, dando desde luego á los españoles una idea de su carácter belicoso, la audacia con que desafiaban el peligro que no conocian.

III.

Una de las canoas llegó á acercarse hasta la *Santa Clara* en donde iba Colon, y para apaciguar sus ímpetus les habló Diego en nombre de su amo, les hizo varios regalos, y les manifestó que iban no á pelear, sino á buscar su amistad.

Retiráronse las canoas, y las carabelas continuaron avanzando hácia un puerto muy próximo rodeado por un paisaje tan encantador, que el almirante le llamó Puerto de Santa Gloria. (L)

IV.

Allí pasó la noche, y al dia siguiente tomando el rumbo oriental recorrió la isla buscando un puerto abrigado para carenar su embarcacion y calafatearla, porque hacia bastante agua.

Al anochecer del dia siguiente halló lo que an-

helaba y envió en los botes á algunos marineros á sondear la entrada del puerto.

V.

Dos grandes canoas llenas de indios, acudieron al encuentro de los botes, rompiendo desde luego las hostilidades.

Pero las lanzas que les arrojaban desde lejos, no llegaban hasta los botes, razon por la cual no sufrieron herida alguna los tripulantes.

Colón tenia vivos deseos de captarse el afecto de los habitantes de aquellas islas, y dispuso que regresasen los botes y entrasen en el puerto.

VI.

La costa estaba llena de indios, cuyo aspecto se diferenciaba mucho del de las islas que anteriormente había visitado.

Cubrian parte de su cuerpo con hojas de palma, y adornaban su cabeza con cimeras y diademas rodeadas de grandes y vistosas plumas.

El pecho, los brazos y las piernas, lo mismo que las mejillas y la frente, estaban adornados con pinturas de colores, y muchos de ellos llevaban líneas negras.

Su actitud les asemejaba más que á los habitantes de la isla de Haiti á los de la Guadalupe.

Pero á la energía y á la rudeza de los caribes unian algo que demostraba mayor civilizaci on en ellos que en los demás indígenas.

VII.

Apenas vieron entrar en el puerto las embarcaciones, prorrumpieron en espantosos gritos, comenzaron á moverse de un lado á otro, blandieron las lanzas, y todo hacia creer que estaban dispuestos á esterminar á los que se atrevían á llegar á sus ignotas playas.

Á pesar de los deseos de Colon de mantener la paz, pensando que podían atribuir á cobardía y debilidad lo que solo era bondad en él, se resolvió á manifestar su poderío sobre ellos, y como los buques estaban á bastante distancia de la playa, envió en los botes á unos cuantos soldados con flechas y arcabuces.

VIII.

Dirigiéronse estos á la playa, al mismo tiempo que se disponían multitud de canoas á salir á su encuentro.

Pero-al primer disparo de los arcabuces, fué tan grande el espanto que se apoderó de los indios, que corrieron precipitadamente atemorizados, al ver que algunos de ellos habian caido heridos bajo el plomo de las armas de los extranjeros.

XI.

Llegaron los soldados á tierra, desembarcaron y

volvieron á disparar sus armas sobre los indios, los pusieron en precipitada fuga, y no contentos aún, azuzaron á un perro de presa que llevaban, el cuál les persiguió con sanguinaria furia.

»Tal fué el primer ejemplo, dice un historiador, del uso de los perros entre los indios, que depues imitaron con fatales consecuencias los españoles en las guerras que sostuvieron contra los infelices naturales del país.»

Libre el campo, desembarcó Colon; dió á la isla el nombre de Santiago y al puerto el de Puerto Bueno.

La playa y sus alrededores quedaron desiertos.

Las chozas abandonadas.

Un silencio sepulcral habia sucedido á los gritos salvages de los indígenas.

XI.

A la mañana siguiente, poco despues de amanecer, se presentaron varios indios en la costa haciendo señas de paz, segun dijo Diego al almirante.

Eran, en efecto, otros tantos emisarios de los caciques, que en vista del peligro que habian corrido, se habian reunido para ver lo que habian de hacer, y habian resuelto brindar amistad á los valientes extranjeros.

XII.

El almirante envió á Diego con algunos soldados para que les hallase.

Diego los llevó á bordo.

Colon les regaló espejos, cascabeles, cuentas de vidrio y abalorios para ellos y sus caciques, volvieron á tierra y aun no habia transcurrido una hora, cuando los que el dia anterior se habian presentado de una manera tan hostil en la playa, sin armas y con las mayores muestras de alegría llenaron las risueñas campiñas de la costa, y surcando las aguas en ligeras canoas, fueron hasta la carabela á ofrecer á los españoles todo cuanto tenian.

XIII.

A pesar de vivir tan aislados, aquellos indios parecian más cultos, más ilustrados, en cuanto era posible, que los de las demás islas.

Sus manjares eran más suculentos y sazonados.

La fisonomía de aquellos hombres, revelaba inteligencia, valor, serenidad.

Las mujeres eran bizarras, hermosas, y al visitar Colon algunas de las casas, vió en ellas muebles más perfectos, utensilios y objetos que indicaban cuán acertada era la opinion favorable que habia formado de ellos.

Hasta sus canoas mejor construidas que las de los otros indios tenian adornos tallados en la popa y en la proa. (Ll)

Por lo que averiguó Colon cada uno de los jefes ó caciques de las tribus en que estaba dividida la isla, tenia una magnífica canoa en la que cifraba todo su orgullo.

XIV.

La noticia de la llegada de los extranjeros cundió con rapidez por toda la isla.

Después de haber hecho Colon provisiones de agua y haber calafateado el buque, recorrió la isla hácia el Occidente escoltado por canoas de indios que acudían á ofrecerle en cambio de sus cascabeles y su abalorio los mejores frutos de su país, y llegando al extremo occidental de la isla, no habiendo hallado oro en aquel país y soplando un viento favorable para volver á Cuba, resolvió el almirante regresar, deteniéndose en un golfo, al que dió el nombre de Golfo del Buen Tiempo.

XV.

Momentos antes de darse á la vela llegó á nado hasta la carabela de Colon un jóven indio perseguido por dos ó tres canoas.

El indio pidió al intérprete que influyese con su amo para que le admitiera á bordo y le llevase á su país.

Pero los que iban en las canoas prorumpieron en gritos dolorosos, y lastimeros ayes y Colon no tardó en saber que eran deudos y amigos del jóven indígena, los cuales al ver el vivo deseo que se habia apoderado de él de abandonar para siempre su pátria y acompañar á los extranjeros, con lágrimas en los ojos le suplicaban que no les abandonase.

Sus ruegos fueron inútiles.

XVI.

Colon accedió á sus deseos, y despues de ofrecer á los parientes de Albigo , que así se llamaba el jóven indígena, que volveria cargado de regalos para ellos, dejándolos más tranquilos, se dió á la vela muy contento de llevar en su compañía á aquel jóven que tan simpático le era , razon por la cual dispuso que le trataran con las mayores consideraciones.

Colon volvió á sus barcos y después de haberse
 los por el de África, que así se llama el punto
 indígena, que vive en el centro de las montañas
 de las montañas, se dio á la vela muy con-
 tento de haber encontrado un punto tan
 seguro para sus barcos.

Capítulo LXVIII.

Ilusiones engañosas.

I.

Al apartarse Colon de la costa de Jamaica se en-
 caminó de nuevo á la de Cuba, llegó á un gran pro-
 montorio al que dió el nombre de Cabo de la Cruz, y
 poco después divisando un gran grupo de chozas, se
 detuvo para visitar aquella ciudad, cuyo cacique no
 tardó en enviarle emisarios, los cuales le dijeron que
 hacia ya tiempo que sabian la llegada de los estran-
 jeros á aquellas regiones, y que los estaban espe-
 rando.

Alentado por esta acogida saltó á tierra, visitó la
 poblacion, fué muy agasajado por el cacique, y supo
 que aquellas tierras, á las que habia dado el nombre
 de Cuba, se llamaban Macaeear por los naturales del
 país.

II.

Continuó al día siguiente su marcha sufriendo una espantosa tempestad, que afortunadamente para los viajeros, no tardó en calmarse, porque de lo contrario hubieran perecido.

Al serenarse los elementos el vigía anunció á Colon que se veian á lo lejos multitud de islas pequeñas muy cerca unas de otras.

Su belleza incitó á Colon á darlas el nombre de Jardines de la Reina.

III.

Pero los tales jardines ofrecian en los canales que formaba el agua que les separaba inminentes peligros.

A cada instante hallaban las embarcaciones bancos de arena entre corrientes, y escollos y tenian necesidad de usar continuamente la sonda.

La imaginacion y el deseo impulsaron á Colon á creer que aquellas islas formaban parte del archipiélago asiático.

Las cigüeñas de espléndido plumaje que veia allí por la primera vez le fortificaban en su creencia.

IV.

Desiertas casi todas las islas, hallaron sin em-

bargo, en una en que desembarcaron una gran poblacion.

Las casas estaban desiertas, pero hallaron grandes cantidades de pescados, y en ellas muchas conchas de tortugas puestas á secar.

Tambien encontraron loros domesticados, cigüeñas y perros que engordaban para comerlos.

V.

Colon bautizó á la isla con el nombre de Santa María.

Los habitantes de ella eran pescadores.

Pero pescaban de un modo original, muy parecido al que empleaban y aun emplean algunos pueblos de la costa oriental de Africa, en Mozambique y en Madagascar.

Tenian un pez cuya cabeza era el punto de partida de muchas trompas que se adherian á los objetos tan fuertemente que era más fácil hacerlos pedazos que separarlas.

Los indios ataban una cuerda muy larga á la cola de este pez, y le dejaban en el mar.

Por lo general recorria la superficie hasta el momento en que descubria su presa.

Cuando esto sucedia se precipitaba con sus trompas sobre el pescado, ó sobre las conchas de las tortugas y los pescadores entónces tiraban de la cuerda y sacaban al pez con sus víctimas.

VI.

Antes de abandonar aquel archipiélago, visitaron los buques algunos de los indios y abastecieron de pescado á los navegantes.

Siguió Colon costeano la isla de Cuba, y desembarcó en una población grande, en la que fué recibido con más amabilidad aún que la que habia notado en Guacanajari.

Con el mayor agrado ofrecian á los españoles esquisitos manjares.

Aquella parte de la isla se llamaba Ornofay.

VII.

Colon, por medio de un intérprete, hizo varias preguntas á los naturales, y supo por ellos que hacía el Oriente habia tambien otro archipiélago.

Preguntando á un indio cuál era el limite de la isla, le respondió que cuarenta lunas no bastarian para llegar á su extremidad.

Le hablaron asimismo de otra provincia á la que dieron el nombre de Mangon, y la semejanza de este nombre con el de Mangui, le hizo creer que la fortuna le habia llevado por fin, al más rico departamento del pais del Gran Kan.

VII.

Animado de nuevo por sus ilusiones, prosiguió

Colón el viaje, y no tardó en llegar á Mangon á dónde se habia anticipado la fama de los prodigios de los españoles, de los grandes regalos que hacian á los indios, y no tardaron las carabelas en verse rodeadas de ligeras canoas en las que los naturales del país acudian poco menos que á adorar á los blancos.

Aquella parte de la costa era la que se estendia al Occidente de la Trinidad por el golfo de Jagua.

IX.

Accediendo á los ruegos de los indios, bajó Colón á tierra, y vió que celebraron con músicas y danzas su llegada.

La vegetacion era magnífica.

Los pájaros ostentaban en el plumaje ricos colores.

Las frutas eran sabrosas.

Las flores que crecian en los valles embalsamaban el aire con un perfume delicioso.

Pero aquello no era lo que habia descrito Marco Polo.

X.

Por otra parte, no habia oro ni piedras preciosas, y continuando la marcha no tardaron en hallarse en un canal estrecho y peligroso del cual, después de muchos trabajos, salieron encontrando una punta baja en Cuba, á la que llamó la punta de

Serafín, dentro de la cual formaba la costa una bahía inmensa.

Hacia el Norte se descubrían lejanas montañas y tomando su rumbo Colon, ancló al dia siguiente en la costa al lado de un magnífico bosque de palmeras.

Necesitaban leña y agua, y de órden del almirante fueron á proveerse algunos marineros.

XII.

Mientras llenaban sus toneles, uno de los soldados que llevaba su arcabuz, se internó en la floresta con el objeto de cazar.

No habia pasado un cuarto de hora cuando volvió con la mayor muestra de espanto pidiendo auxilio á sus compañeros.

Todos huyeron precipitadamente de la costa, y al subir en la carabela en donde estaba Colon, les preguntó la causa de su repentina vuelta.

XIII.

El ballestero refirió de este modo lo que habia pasado.

—Apenas me separé de mis camaradas, dijo, cuando en uno de los extremos del bosque, vi á un hombre corpulento vestido con una larga y blanca túnica talar, tan parecido á un fraile, que á primera vista me figuré encontrarme en España.

Detrás de él iban otros dos hombres con túnicas blancas, pero nada más que hasta la rodilla.

Los tres eran blancos como los europeos.

Seguían unos treinta ó cuarenta hombres armados con lanzas.

Yo me detuve sin saber qué hacer, y aunque me vieron no tomaron contra mí actitud amenazadora.

El que parecía su jefe, se adelantó sin duda para hablarme, pero entonces no pude contener el terror que se apoderó de mí, pedí auxilio, eché á correr y no pude hacer más.

XIV.

Todo se conjuraba para sostener en Colon las ilusiones engañosas que le obcecaban.

Aquellos aparecidos debían ser de la provincia de Mangui, la más civilizada de aquel vasto imperio, y dispuso que al día siguiente, una veintena de soldados con el capitán de una de las carabelas, se internasen en el bosque, buscasen á aquellos hombres, y si era preciso avanzasen treinta ó cuarenta leguas con el objeto de hallar la grande y civilizada ciudad que se prometía encontrar, en cuyo caso iría él á presentar al gran Kan las cartas de los Reyes Católicos de que era portador.

XV.

Aquel viaje de exploración fué inútil.

Los enviados encontraron muchos árboles que

despedían olores aromáticos, y algunos de ellos, trepando á las copas de los árboles, vieron que producían sabrosas frutas.

Pero no descubrieron habitantes de ninguna clase y mucho menos vestidos con túnica talar.

El miedo sin duda habia hecho ver al ballestero aquellos fantasmas ó tal vez le habian parecido hombres las cigüeñas que habia en aquel bosque en gran abundancia, las cuales andaban en bandadas y comian juntas mientras que una de ellas estaba de centinela á cierta distancia para advertirles cualquier peligro.

XVI.

Después de explorar aquellos alrededores continuaron las embarcaciones su rumbo hácia Occidente.

Se detuvo en otra isla donde también fué muy bien recibido por los naturales, continuó la marcha no sin hallar grandes escollos y se acercó á una region montañosa rodeada de pantanos y de espesos bosques en los que era imposible penetrar.

XVII.

Dominado por sus ilusiones pasó Colon algunos dias explorando aquella parte escabrosa de la isla y como los buques estaban muy averiados y faltaban víveres empezó á manifestarse gran descontento entre los navegantes.

En aquella situación obligado á volver so pena de que los buques se arruinaran, para que su reputacion no sufriera, determinó que en presencia de Fermin Perez de Luna, escribano público que le acompañaba, acudiesen por turno á su carabela desde los capitanes hasta los grumetes de las otras, y una vez en ella, les preguntó si abrigaban alguna duda acerca de si el pais que veian era un continente principio y fin de las Indias por el cual podrian volver á España por tierra.

XVIII.

IVX

Los navegantes mas versados en la geografia, declararon bajo juramento que no les quedaba la menor duda de que aquello era un continente.

Natural es que pensasen de este modo puesto que habian recorrido trescientas treinta y cinco leguas de costa y todavia veian delante una estension inmensa no pudiendo imaginar que aquella longitud fuese la de una isla.

¡A dónde lleva la obcecacion de los hombres!

XIX.

Una vez obtenida aquella aseveracion de los tripulantes, para que ninguno de ellos pudiera contradirse proclamó el escribano que quien tal hiciera pagara una multa de diez mil maravedises siendo oficial, ó recibiese cien azotes y se le cortase la len-

gua si era grumete ó pertenecía á las demás gentes de su condicion. (M.)

Si el temor de perder sus embarcaciones no hubiera determinado á Colón á retroceder, uno ó dos dias mas por la costa habrian desvanecido sus ilusiones.

XX.

Virando hácia el Sudeste llegó á la isla de Pinos, célebre por sus magníficos caobales, hizo allí provisiones de agua y leña y teniendo que luchar con nuevos escollos en medio de la zozobra, del temor, de la ansiedad de los navegantes, encalló la carabela de Colón el dia 30 de Junio con tal violencia que cuantos esfuerzos se hicieron para sacarla con anclas por la popa fueron inútiles y se vieron en la necesidad de arrastrarla por la popa sobre la arena.

Lo que entonces sufrió fué indecible, pero animando con su poderosa energía á los tripulantes logró despues de muchos dias de zozobra y de angustia, llegar á la costa de las provincias de Ornofoy, anclando el dia 7 de julio á la embocadura de un rio de aquella region.

XXI.

El cacique que gobernaba en ella, salió al encuentro del almirante con algunos de sus vasallos, colmándoles de presentes y distinciones.

Al verse en tanto peligro habia ofrecido el almi-

rante en cuanto desembarcase oír una misa con la mayor solemnidad.

Dispuso que se celebrara en aquella playa, y se preparó todo, asistiendo los indios á la ceremonia.

XXII.

El cacique iba acompañado de su butio, anciano de blanca cabellera y de venerable aspecto.

Llevaba un *quipo* y una calabaza, que ofreció en señal de amistad al almirante.

Mientras se celebró la misa, observaron los indios con la mayor atención las ceremonias que hacia el eclesiástico español.

Cuando terminó el anciano se acercó al almirante, y con solemne acento pronunció estas palabras que ha conservado la historia:

—«Lo que has estado haciendo, le dijo, está bien hecho, porque parece que es tu modo de dar gracias á Dios.

»Me han dicho que has venido últimamente á estas tierras con una poderosa fuerza y que has subyugado muchos países y estendido el terror por los pueblos.

»Pero no por eso te llenes de vanagloria.

»Sabe, que segun nuestra creencia, las almas de los hombres tienen dos viajes que hacer despues que se han separado de sus cuerpos.

»Uno á un lugar triste, sùcio y tenebroso, preparado para los que han sido injustos y crueles con

sus semejantes; otro á una mansion agradable y deliciosa para los que han promovido la paz sobre la tierra.

»Por lo tanto si tú eres mortal y esperas fenecer, y crees que á cada uno se premiará segun sus obras, no dañes injustamente al hombre, ni hagas mal á los que á tí no te lo han hecho.» (N.)

XXIII.

Profundamente se conmovió Colón al saber las palabras que habia pronunciado y que el lucayo su intérprete le tradujo.

No habia nunca creído que semejante doctrina se profesase en aquellos países.

Dió Colón á aquel rio el nombre de la Misa, en memoria de la que con tanta solemnidad se habia celebrado á su orilla, y dejando á la izquierda los Jardines de la Reina, buscó el derrotero de la Española, porque deseaba volver á la colonia.

XXIV.

El viento le fué completamente desfavorable, y no sin gran trabajo pudieron resistir los buques el temporal.

La carabela del almirante sufrió tanto, que hacia agua por casi todas las junturas.

Dos dias después se detuvo en el cabo de la Cruz,

reparando las averías y salió con el ánimo de explorar toda la costa de la Jamaica.

Nada más bello que aquel paisaje, nada más agradable para él que las muestras de simpatía que los indígenas le daban al pasar por delante de sus poblaciones, ó siguiéndolos en ligeras canoas y ofreciéndoles toda clase de regalos.

XXV.

Al llegar á uno de los parajes más encantadores de la isla, se detuvieron; y á poco rato vieron salir á la orilla tres canoas preciosas.

Una era grande, estaba pintada y tenia adornos muy originales.

Avanzaba entre las otras dos, que parecian su escolta.

En la de enmedio iba el cacique con tres mujeres y siete hombres.

Las mujeres eran su esposa y sus dos hijas.

Los hombres dos hijos y dos hermanos suyos.

En la proa iba un indio con el estandarte del cacique, cubierto con un manto formado de plumas, una corona de plumas en la cabeza y una banderola blanca en la diestra.

XXVI.

Dos indios con diademas de plumas de la misma

hechura y color y muy embadurnados, tocaban una especie de tamboriles.

Doce indios formaban la servidumbre del cacique.

Las tres embarcaciones llegaron á la carabela de Colon, y previo permiso del almirante, subió á ella el cacique con todos los que le acompañaban.

XXVII.

Este pequeño soberano llevaba en la frente una diadema de piedras blancas y verdes graciosamente combinadas y enlazadas todas por una especie de broche de oro.

Colgadas de las orejas llevaba dos láminas del mismo metal, y suspendida de un collar de cuentas verdes, caía sobre su pecho una gran flor de lis de oro.

XXVIII.

Su esposa tambien adornada con piedras de colores, llevaba un cendal de algodón.

Sus hijas no llevaban más vestido que un einturen de piedras pequeñas del que colgaba un dige del tamaño de una hoja de yedra, formado de algodón y adornado tambien con piedras.

XXIX.

Al presentarse á Colon:

—Dueño y señor mio,—dijo el cacique en su

idioma, y Diego el intérprete trasmitió á Colon,— me han dicho que eres enviado á estas tierras por reyes poderosos.

Las maravillas que me han contado de tu patria me han seducido de tal modo, que he resuelto pedirte que me lleves á tu lado con toda mi familia.

Tú eres poderoso; has dominado á los caribes; has aprisionado á sus guerreros; has cautivado a sus mujeres; todos los habitantes de estas regiones tiemblan al oír tu nombre. Antes que me despojes de mis dominios quiero ir en tus buques á rendir homenaje á tus reyes, á contemplar aquel pais prodigioso que tanta maravilla causa á todos los que de él tienen noticia.

XXX.

Por mucho que sedujera á Colon el deseo del cacique, pensó que llevar á España á que fueran esclavos á los que habian sido reyes, era condenarles á una triste existencia.

—Volved á vuestro palacio,—les dijo,—yo os aseguro en nombre de mis reyes que vuestro territorio será respetado.

En su nombre tambien os ofrezco su amistad; pero si persistís en que os lleve á su lado, cuando yo vuelva, porque necesito para cumplir sus órdenes visitar otras muchas islas, os llamaré y os llevaré en mi compañía.

Capítulo LXIX.

Luz y sombra.

I.

Yo bien conozco que para aquellos de mis lectores que buscan solo en la novela situaciones dramáticas, diálogos animados, personajes que vayan de aventura en aventura, la descripción que estoy haciendo de los viajes de Cristóbal Colón para explorar las islas que más tarde debían llamarse las Antillas, no hallarán atractivo en mis narraciones.

Sin duda alguna hay novedad en la descripción de los países, de las costumbres y de las gentes que descubría el inmortal genovés.

II.

Nada sería más fácil que inventar historias de los naturales, ponerlos en lucha con los españoles y ha-

cer que de estas combinaciones resultasen escenas de interés palpitante.

Pero tratándose de un personaje tan conocido y tan respetable como Colon, de una historia tan novelesca como la suya, pedir á la imaginacion que falsificase la verdad, sería hasta cierto punto una profanacion.

III.

Yo creo que los lectores estimarán más en mí, que al ampliar la reseña del inmortal marino, trazada por Alfonso de Lamartine, busque y encuentre esta ampliacion, más que en las ficciones de la novela, en la verdad histórica.

En cambio de la falta de animacion que en el sentido novelesco puedan notar en estas páginas, tienen la seguridad de que no se falsifica en lo más mínimo la historia, y después de haber leído esta novela, quizás más viva en la reseña que las historias que se han hecho de Colon y de los demás viajeros, saben cuanto es posible saber del descubrimiento de la América: dato importante, que más que el nombre del ilustre pintor en cuya paleta hemos tomado los colores para trazar este cuadro y más que el insignificante trabajo que de nuestra propia cuenta hemos hecho, es causa del lisonjero éxito de esta obra. (O.)

IV.

Prosiguiéndola pues, debo de decir que llamó

la atención de los navegantes, al proseguir su rumbo, una lengua de tierra que es la que hoy lleva el nombre de Cabo del Tiburon.

No podía imaginarse el almirante á pesar de sus grandes conocimientos náuticos, que aquella parte de la isla donde iba á llegar perteneciese á Haiti.

Apenas llegó al puerto, quiso desembarcar para visitar las pintorescas campiñas que comenzaban en la misma orilla del mar, cuando vió acercarse á él con gran pompa al cacique seguido de multitud de indios que salían á su encuentro con las mayores muestras de benevolencia.

Al llegar estos á la playa cambiaron de actitud y arrojando las armas se presentaron muy sumisos y preguntaron por Colon de cuya justificación lo esperaban todo.

Los soldados obedeciendo á su jefe se mostraron benévulos con ellos, les pagaron las provisiones que recibieron de sus manos y volvieron despues á las carabelas continuando el camino porque Colon deseaba llegar á la Isabela para reparar los buques y saber el resultado de la expedición de Margarite.

V.

Se levantaron récios temporales y Colon que sabia la poca resistencia de sus buques buscó un puerto abrigado.

Entró por un canal que habia entre la Española y una isla llamada por los indios Adamoney, y allí pasó la noche.

Ocho días permaneció en aquel canal con su buque sin saber cuál era la suerte que había cabido á las otras dos carabelas, las cuales por su parte no habían podido entrar en el abrigado puerto de la carabela capitana.

VI.

El 24 de setiembre despues de haber sufrido mucho con aquella zozobra, abandonó el canal y se reunió con las otras carabelas en el extremo occidental de la isla de Haiti.

Tocaron en la isla de Amona, situada entre Puerto-Rico y la Española, y á pesar del malestado de los buques quiso Colon seguir el viaje para explorar las islas caribes.

Las fuerzas le engañaban.

VII.

Lo mucho que había padecido en aquella peregrinacion, los escasos alimentos que tomaba; porque para dar el ejemplo se había igualado con los marineros, las noches que tenía que pasar en vela para que su navío, que tan deteriorado estaba, no chocase contra alguna roca; el desaliento que se había apoderado de su ánimo al ver lo inútil de sus tentativas, al pensar que una nacion entera cuyas esperanzas había despertado, aguardaba con creciente

interés la noticia del éxito de su empresa, el desengaño que habia recibido de que no podia realizar su propósito de regresar á Europa por el Oriente, todo esto reunido agravó su habitual dolencia, y el mismo dia en que salió de Amona le acometió una enfermedad que le privó instantáneamente de la vista, de la memoria, de todas sus facultades, dejándole sumergido en un profundo letargo, que á todos, menos al doctor Chanca que le observaba atentamente, parecia la muerte.

VIII.

La consternacion que se apoderó de todos fué inmensa.

Los capitanes de los buques resolvieron, cualquiera que fuese el resultado de aquella crisis, volver á la colonia y prodigar allí al almirante los cuidados, las atenciones que necesitaba.

Los españoles que habian quedado en la Isabela estaban con la mayor ansiedad, porque ya hacia mucho tiempo que no tenian noticias de Colon, ni de los soldados que habian salido á explorar la isla al mando de Pedro Margarite.

Cuando supieron el estado en que llegaba el almirante su dolor se aumentó y por un momento se creyeron abandonados de la misericordia divina.

IX.

Colon fué depositado en el lecho y asistido con el mayor desvelo por el doctor Chanca.

Quince dias de mortal angustia trascurrieron para todos los que le rodeaban.

Su pulso apenas latia.

¿Habia reservado la Providencia tan oscura muerte al que poco antes habia llenado el mundo con la fama de su nombre?

Colon venció la crisis.

X.

Al fin abrió los ojos, dirigió una mirada en torno suyo y una dulce emocion se pintó en su semblante.

Entre los que le rodeaban, al lado de su hermano Diego vió un hombre de tostado rostro, de atlética figura.

Un momento despues estrechaba en sus brazos á aquel hombre.

Era Bartolomé, su hermano predilecto.

Dos dias antes del regreso de las carabelas habia llegado por orden de los reyes con tres embarcaciones bien provistas.

XI.

Colon parecia condenado á no experimentar jamás una dicha completa.

Una nueva desgracia, que le ocultaron por de pronto, para que no se agravase, vino á poner en conmocion á sus dos hermanos, y á los demás colonos que le guardaban lealtad.

Al dia siguiente de la feliz sorpresa que habia tenido el almirante, viendo cerca de sí á un hermano á quien tanto queria, un marinero de una de las carabelas surtas en el puesto, saltó en tierra, llegó precipitadamente á la colonia, preguntó por don Diego, y fué á buscarle.

XII.

—Tengo que comunicaros una triste noticia, le dijo.

—Cuál es? le preguntó don Diego asustado al ver la actitud del marinero.

—Una de las últimas embarcaciones que ha llegado ha desaparecido.

—Cómo es eso?

—Se conoce que durante la noche se ha dado á la vela, y por más que hemos hecho no hemos podido descubrirla en el mar.

XIII.

Inmediatamente llamó don Diego á los individuos que formaban el consejo, y á su hermano Bartolomé.

Pero uno de los individuos del consejo faltó.

El padre Boil habia desaparecido de la casa en donde vivian los misioneros.

Se le buscó por todas partes, y no se le encontró.

Se dispuso que todos los que habia en la colonia acudiesen á la plaza que habia delante de la casa del almirante.

Entonces se notó que faltaban algunos.

Otro marinero vino á anunciar que Alonso Velez de Guzman y Bernal Diaz de Pisa habian desaparecido.

XIV.

A fuerza de investigaciones, llegaron á saber que todos los que faltaban, acompañados de Pedro Margarite, el capitan de las tropas que habia enviado Colon á explorar la isla, y que habian desertado de sus filas, habian tramado una conspiracion.

Habian comprado al patron de una de las carabelas aprovechándose de la enfermedad de Colon, y habian partido para España, resueltos sin duda alguna á arrojar en el corazon de los soberanos la semilla que más tarde debia envenenar los últimos dias de la existencia de Colon.

¿Cómo habian llevado á cabo este infame propósito?

¿Qué habia hecho Pedro Margarite durante su paseo militar?

¿Cómo habia llegado Bartolomé Colon hasta allí?

¿Cuál era la situacion de los indios?

¿Cuál la actitud de los españoles?

No tardaremos en saberlo.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

XIV

NOTAS DE ESTE TOMO.

(A) Estas y otras noticias las hallamos en las obras de los historiadores de Indias y en el precioso libro que con el título de *Leyendas americanas* ha escrito y publicado en francés y en español el conocido poeta D. José Güell y Renté.

(B) Traducimos del francés estas frases que atribuye el señor Güell á Guacanajari, en los momentos en que Colon llegaba á su isla.

(C) Raiz de la especie de la patata, más dura, menos dulce; pero que después de cocida tiene un sabor muy agradable.

(D) *Leyendas americanas* de Güell y Renté.

(E) *Viaje ilustrado en las cinco partes del mundo.*—

Tomo II.

(F) Washington Irving.

(G) Id. id.

(H) Colon envió tres de estos talismanes, que eran pedazos de piedra, á los Reyes Católicos.

(I) Hablando de lo generales que eran estos bailes entre los indios de Haiti, dice Pedro Mártir que los ejecuta-

ban al son de ciertos metros y romances que descendían de generacion en generacion, y en que se recitaban las proezas de sus antepasados. Estas rimas ó romances, añáde, se llaman areytos; y como nuestros músicos están acostumbrados á cantar al harpa y al laud, ellos del mismo modo cantan sus cantares y danzan á la música de ellos tocando panderos hechos de conchas de peces. A estos panderos les llaman *maguay*. Tienen tambien canciones y romances amorosos, y otros de luto y lamentacion y tambien para animarse en la guerra, todos cantados con músicas propias del asunto.» (*Vida y viajes de Cristóbal Colon por Washington Irving.*)

(J) El puerto á que se alude se llama actualmente Guantanano.

(K) Este puerto era el que hoy se denomina Santiago de Cuba.

(L) Hoy se llama Puerto de Santa Ana.

(Ll) Estas canoas estaban construidas con el tronco de un solo árbol, y Colon midió una de noventa y ocho piés de largo y ocho de ancho, formada de un magnífico caobo.

(M) Después se formó un expediente por el escribano, incluyendo las declaraciones y nombres de cada individuo. El documento existe. Este proceso se ejecutó cerca de la bahía de Cortés.

(N) El padre Las Casas, en la *Historia de las Indias*.

(O) Pasa de 20,000 el número de suscritores que tiene este libro en el momento de terminar el segundo tomo.



ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO

PARTE SEGUNDA.

DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA.

	Páginas.
CAPITULO I.—Lo desconocido.	5
II.—A través del Occéano.	23
III.—El corazon humano.	35
IV.—¡Tierra!	47
V.—Guanahani.	61
VI.—La Concepcion.	76
VII.—Nuevas impresiones.	86
VIII.—La desercion de la <i>Pinta</i>	105
IX.—Los proyectos de Pinzon.	119
X.—La Española.	128
XI.—Haiti.	139
XII.—Una triste Noche-buena.	151
XIII.—El Eden.	165
XIV.—Fascinacion de Guacanajari.	177
XV.—Partida de Colon y fin de Ainaima.	188
XVI.—Diplomacia en alta mar.	198

XVII.—Indignacion de los indios,	215
XVIII.—Las tempestades.	223
XIX.—Las armas de la envidia.	236
XX.—Colon en la córte de Portugal.	250
XXI.—Un padre y una madre.	261
XXII.—Premio y castigo.	276
XXIII.—Donde se vé cómo España recibe á Co- lon á su vuelta del Nuevo-Mundo.	293
XXIV.—Sacrificios.	304
XXV.—El huevo de Colon.	320
XXVI.—Dolor y abnegacion.	331
XXVII.—Páginas de la historia.	345
XXVIII.—Desventuras.	358
XXIX.—El consejo de Indias y el obispo Fon- seca.	367
XXX.—Alonso de Ojeda.	380
XXXI.—Américo Vespucio.	399
XXXII.—Una pasion fatal.	412
XXXIV.—Sucesos y negociaciones.	421
XXXV.—Los españoles en Haiti.	430
XXXVI.—La venganza de Caonabo.	439
XXXVII.—Desolacion y muerte.	448
XXXVIII.—La tea de la discordia.	456
XXXIX.—Descubrimientos de nuevas islas.	466
XL.—Desaparicion de un capitán y ocho ma- rineros.	476
XLI.—Donde parecen los perdidos.	486
XLII.—Puerto-Rico.	499
XLIII.—Una revelacion dolorosa.	506
XLIV.—Tristes presagios.	516
XLV.—Donde Colon despues de saber la catás- trofe de la fortaleza de la Navidad duda de Guacanajari y se convence de su amistad.	525
XLVI.—Disidencias.	538

XLVII.—Visita de Guacanajari á la escuadra española..	548
XLVIII.—Historia de una india.	556
XLIX.—La paz entre los indios..	567
L.—Astucia y resolucion.	576
LI.—La primera colonia..	593
LII.—Nuevas desdichas.	602
LIII.—Espedicion de Ojeda.	614
LIV.—Nuevos indicios de la traicion de Alonso Velez.	621
LV.—Un cambio de personas.	627
LVI.—Bernal Diaz de Pisa.	636
LVII.—Donde Isabel prueba á Colon que ha hecho bien en quedarse..	646
LVIII.—Los hermanos de Colon..	666
LIX.—Una reconciliacion.	678
LX.—La Vega Real.	690
LXI.—Donde aparece un indio que no lo es.	701
LXII.—De la necesidad, virtud.	712
LXIII.—Usos, costumbres, creencias y ceremonias de los naturales de Haiti.	721
LXIV.—Lo que habia pasado en Haiti.	739
LXV.—Nuevos apuros.	750
LXVI.—Nuevo costeo de Cuba.	763
LXVII.—La Jamaica.	770
LXVIII.—Ilusiones engañosas..	778
LXIX.—Luz y sombra.	794

